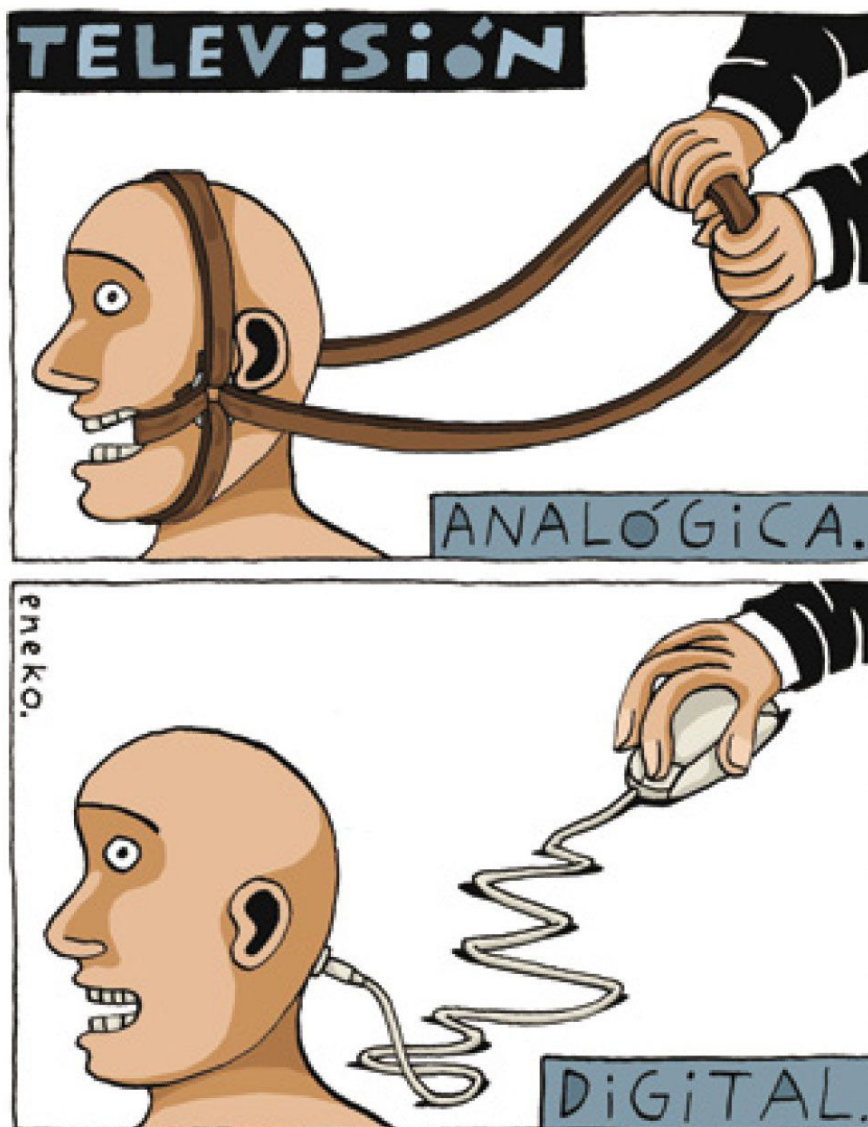


Universidad de Ciencias y Humanidades

VUELAPLUMA 18

Noviembre 2020





VUELAPLUMA

Año VIII No 18
 Noviembre 2020

Director fundador
 Arturo Corcuera
Dirección y edición
 Lorenzo Osores

Portada y contraportada
 Pinturas de Herbert Rodríguez

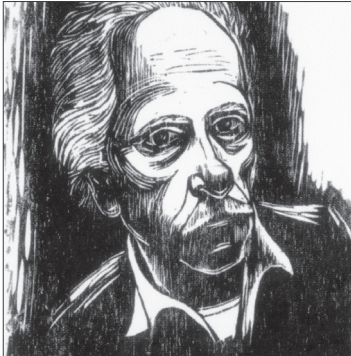
Colaboraciones y sugerencias:
vuelapluma@uch.edu.pe

Rector
 César Ángeles Caballero
Vicerrector Académico
 Milciades Hidalgo Cabrera
Gerente General
 Omar Velásquez Andía

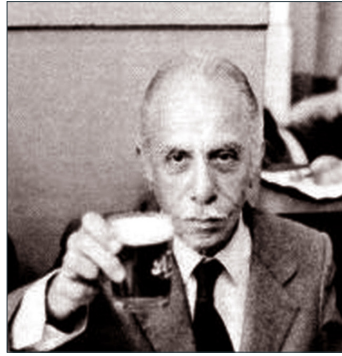


© Asociación Civil Universidad de Ciencias y Humanidades
 República de Chile 295 Of. 503 - Lima - Perú. Teléfono: 330-8170

ÍNDICE **Alejandro Romualdo** el sol de los ciegos



Alejandro Romualdo
Poeta y amigo de siempre
Carlos Bernasconi 4



Alejandro Romualdo,
otra cosa
Jorge Díaz Herrera 6



Los comienzos literarios y
el testamento poético de
Alejandro Romualdo
Marco Martos 12



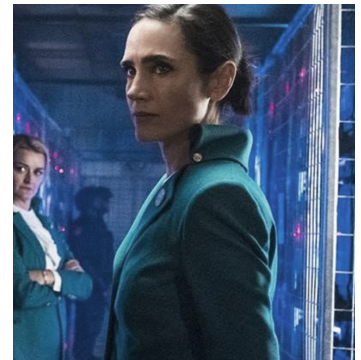
La Almirante de los
mares del sur
Adela Tarnawiecki 28



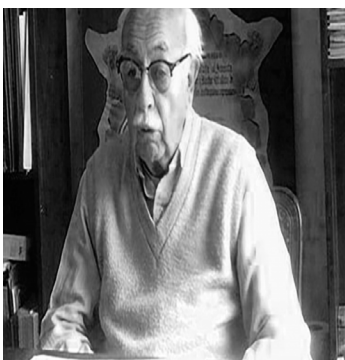
Los 46 años de
ALLPA KALLPA
(La fuerza de la tierra)
Mónica Delgado 38



Herbert Rodríguez
Insolencia salvaje
Jorge Benuy 44



EI TRANSGLACIAL
y el freno de emergencia
Carlos Tovar Samanez 54



El humanismo de
Walter Peñaloza
Gustavo Villar 62



La colonialidad/descolonialidad de
las estructuras del saber/conocer
en la universidad del siglo XXI
César Germaná 68



Elecciones en tiempos del
COVID-19: trampas,
dilemas y esperanzas
Diego Motta 74

Alejandro Romualdo

Poeta y amigo de siempre

Carlos Bernasconi

Pintor, grabador y ceramista

Lo conocí, 1945, en la Facultad de Letras de San Marcos. Ese año la Universidad se había abierto a un alumnado sin precedentes y los patios se colmaron, formándose grupos muy activos. Alejandro frecuentaba a unos jóvenes intelectuales que se iniciaban en el periodismo. Habíamos en Miraflores y coincidíamos en los viajes de tranvías. Años después, me dijo: «nuestra relación fue eléctrica».

Abandoné San Marcos, tras dos años, para asistir a la Escuela Nacional de Bellas Artes y tuve la sorpresa de reencontrarme con el dibujante de Inga y Mandinga del diario *La Prensa*, a partir de entonces nuestra amistad se convirtió en estrecha y permanente. En nuestras conversaciones, se percibía su interés social.

A mediados de la década del cuarenta ya se hablaba con admiración del poeta Romualdo, lo que se confirmaría con el Premio Nacional de Poesía que recibió en 1949.

En 1950, viajamos como becarios a España. Para él fue su luna de miel, se casó la víspera de abordar la nave. Conocimos una España aislada, sobrellevando los desastres de la guerra civil, bordeando la

escasez, pero, como siempre, generosa y acogedora. Alejandro, se vinculó con importantes personajes del mundo intelectual. Para él fue una estadía que disfrutó, por dos años, de la que siempre recordaba.

En Madrid, nació Rodrigo a quien cargué en su bautizo. Seguí a Italia, mientras mi ahijado «echaba la baba por la vida».

Recuerdo una anécdota que evidencia su gran sentido del humor: El Instituto de Cultura Hispánica nos había invitado al estreno de una película ambientada durante la guerra civil. El protagonista era el actor Rubén Rojo, en la escena, insistía en tocar una puerta sin recibir respuesta. Al momento, en la sala franquista, se escuchó la voz de Romualdo: «dile que eres rojo».

En otra ocasión, ya en Lima, en la presentación para un pintor que mostraba paisajes limeños; entre otras apreciaciones, sobre nuestra capital, escribió: «muchas coronas para tan poca cabeza».

Cuando, tres años después, regresé al Perú, lo encontré definido en sus ideales socialistas, participando con entusiasmo en el ambiente cultural y político como un polemista tenaz que esgrimía su reconocido



sentido del humor. Por sus ideales, padeció exilios en México y Cuba. Los mexicanos lo acogieron muy bien; muchos diarios lo entrevistaron y le publicaron sus poemas. Fue amigo del poeta León Felipe, quien escribió elogiándolo.

Además de sus méritos literarios, soy testigo de su empecinado sentido ético. Jamás movió un dedo para lograr un beneficio, ni aceptar una ventaja o sinecua que le ofrecieran por su valía. Se negaba a participar en publicaciones en las que colaboraba alguien que, en su opinión, no había procedido conforme a sus ideales.

En los últimos días de su vida se aisló. Lo visitaba tratando de sacarlo de esa esteparia soledad. Me confesó que había dejado, para siempre, la poesía. Que no escribiría una sola línea, estaba pintando y creía haber conseguido un lenguaje personal.

Por su obra tan importante, Romualdo fue celebrado en Trujillo, su tierra. También fue invitado por la Universidad de Siena y homenajeado por la de Salamanca, que le publicó *Mapa del Paraíso*, antología que reúne su obra poética. A Romualdo, por nuestra amistad y su poesía, no podré olvidarlo.



Alejandro Romualdo, otra cosa

Jorge Díaz Herrera

Escritor y ensayista

Alejandro Romualdo (Xano), cuyo talento poético e ingenio cotidiano se emparejaban en altura, quizá no fue feliz, él mismo lo decía, pero deseaba serlo «y eso me basta» afirmaba con su lenguaje directo de león, como diría Vallejo. Fue una presencia sublevante, en guerra eterna consigo mismo. Culto. Crítico severo, sobre todo consigo mismo. Pocos conocen esa faceta de su personalidad y lo tildaron de soberbio e inventaron historias en las cuales él renegaba hasta de su padre, lo que era falso: «Yo soy una prueba viva de la teoría de Darwin, indudablemente que el hombre proviene del mono» solía exclamar a carcajadas refiriéndose a su padre, el gran actor cómico Álex Valle, conocido como el Mono Valle.

No conozco personaje alguno que tuviera en la punta de la lengua una respuesta jocosa, cuando las circunstancias lo exigían. En cierta ocasión paseábamos en derredor del parque El Olivar, cuando una señora de avanzada edad y elegantes atuendos se dirigió eufórica hacia Romualdo, le dio un gran abrazo, lo contempló con el afecto de las mujeres que se encuentran con alguna amistad tras largo tiempo y le dijo con voz jubilar: --Qué bien se te ve Xano. Por ti no pasan los años.

El poeta respondió inmediatamente a tal elogio:

-Ah...¡Ojalá pasaran!.

Su voz grave, su caminar apresurado y de puños cerrados, como si fuera a enfrentar a un adversario, dieron motivo a la leyenda de su dureza, su falta de ternura, su agresividad. Sus poemas contradicen esa falsa versión acerca de su persona, muchos ignoraban la razón de sus gestos ante los fantasmas de la adversidad que lo acosaban. Recuerdo que una jovencita bella y de suaves maneras, alumna suya en la universidad San Martín de Porres, lo visitó una vez y luego las visitas se le hicieron costumbre. La joven empezó a ordenar su biblioteca, a mostrarle sus poemas solicitándole opiniones y consejos. Las visitas de esta jovencita se hicieron tan frecuentes que despertaron cierta alarma en Romualdo: «Si no es una agente de la CIA, bien puede ser una trampa que me está tendiendo un enemigo para acusarme de seductor de menores».

Al solicitarme mi opinión acerca de sus presentimientos, yo quedé en silencio, lo que él tomó como una respuesta afirmativa. La siguiente visita de la joven, encontró al poeta muy serio, distante, parco. La joven le preguntó si se sentía mal.



Romualdo, con una voz quebrada por la ternura le agradeció todas sus visitas y le pidió que no volviera más. La joven sorprendida y ojos humedecidos, se dirigió en silencio hacia la puerta de calle y se fue. Al poco rato, Romualdo reaccionó con una prisa sorprendente, salió a su maltrecho jardín, cogió una flor marchita, como todas las flores que ahí había, y corrió hasta dar con la joven que esperaba al ómnibus en el paradero. Se acercó a ella, la halagó con frases de agradecimiento y le entregó la flor: «Llévala –le dijo– y nunca olvides que una flor aun marchita es una flor».

Alejandro Romualdo era un poeta torturado, solitario aun en medio de un tumulto. Sus severas convicciones políticas,

era marxista, lo impulsaban a encendidos desacuerdos con los propios militantes de su ideología. Debatía hasta convencerse de que su contrincante era un adversario a quien afirmaba encerrarlo «entre paréntesis». Así iba creciendo, en su interior, la legión de enemigos. «Personajes siniestros» decía. Si bien su personalidad poética jamás se traicionó, de lo que se enorgullecía: *Poesía íntegra* tituló al libro donde reunió su obra poética. «¡Íntegra!», afirmaba, apuntando con el índice en la carátula de dicha publicación la palabra «íntegra»; en cambio, en su mente oleaba un mar impredecible. Así como pasaba del pensamiento expreso al tácito, sin puente alguno, una pesadilla paranoica turbaba sus estados de ánimo.



Alejandro Romualdo en España, 1950



Alejandro Romualdo en China, 1960

Era un ser acosado por perseguidores invisibles, que rompían sus estados de paz pero no su lucidez. Pocos entendieron ese tormento y trataron de sepultar su poesía. Desdeñó lujos y frivolidades. Lo hallaron muerto en su habitación solitaria, posiblemente tras algunos días de fallecido. Sus últimos años fueron de una pobreza y soledad extremas. Pero no mancharon su dignidad. Un grupo de poetas ganadores del Premio Nacional de Poesía, presentamos un proyecto mediante el cual se nos otorgara una pensión vitalicia de tres mil soles mensuales, figuraban en la nómina Romualdo y Mario Florián. Quien presidía el Congreso de la República de aquel entonces la rechazó en diversas oportunidades: «La dama no está para tafetanes» fue su respuesta. Me encontré en una calle de San Isidro, con el Ministro de Educación, con quien nos conocíamos por haberme invitado a diversos actos culturales, tomamos un café en un restaurante, y le mostré la propuesta. Me aseguró que la haría aprobar de inmediato. El buen burócrata optó por lo siguiente: otorgar la pensión vitalicia únicamente a Alejandro Romualdo.

Sus emisarios visitaron la casa del poeta para darle la buena nueva (según ellos). Romualdo, que ya conocía el proyecto íntegro y los desplantes que había sufrido, leyó la resolución y los echó de su casa gritándoles: «Yo no soy el único mendigo en este país». Y, no obstante su pobreza, rechazó el ofrecimiento. En breves palabras, creo que Antonio Melis retrató con fidelidad a Alejandro Romualdo al afirmar en el prólogo a su *Poesía Íntegra* que «...nos encontramos frente a un ejemplo raro de poeta y hombre integral...». Desde su primer libro *La Torre de los alucinados* Romualdo aparece como una voz nueva y de alta poesía que a través de publicaciones posteriores mostrará a un creador en constante

renovación, no solo en cuanto a los temas sino igualmente en la forma de decirlos. El tratamiento de la palabra poética, en las obras de Romualdo, hace evidente el esfuerzo de un creador por hallar, como si labrara sobre la piedra, la forma fidedigna a su mensaje estético. Versos libres de ripio alguno, libres de ornamenta inútil, directos, enérgicos aún en sus más tiernas manifestaciones:

«Nunca fue más sumiso el trigo,
ni más dócil el agua.
(Mi niñez era un ángel de vidrio)»
(de ÁLBICA).

Hay, indudablemente, en la primera etapa de su creación huellas inevitables de esa sombra gigantesca que da la poesía de Vallejo. Sin embargo, no para seguir el rumbo del poeta de *Los Heraldos Negros* sino para dirigir su voz por antagónicos caminos:

Yo respiro la música
de unas alas que mueven
las nubes o el rocío....

¿Quién es este ángel blanco
que en las noches desciende
como un arpa desnuda
sonando por mi sangre?

Esta luz vallejana alumbrando otra voz,
por caminos distintos a la del poeta de
Santiago de Chuco, se hace más evidente
en:

Basta ya de agonía. No me importa
la soledad, la angustia ni la nada.
Estoy harto de escombros y de sombras.
Quiero salir al sol. Verle la cara
al mundo. Y a la vida que me toca,
quiero salir, al son de una campana
que eche a volar olivos y palomas.

Y ponerme, después, a ver qué pasa.....
con tanto amor. una alborada
de paz, en paz con todos los mortales.
Y penetre el amor en las entrañas
del mundo.

Y hágase la luz a mares...

Déjense de sollozos y peleen
para que los señores sean hombres.
Tuérzanle el llanto a la melancolía.

Llamen siempre a las cosas por sus nombres
Avívense la vida. Dense prisa.

Esta es la realidad y esta es la hora
de acabar de llorar mustios collados,
campos de soledad. ¡A otra cosa!

En estos versos de «A otra cosa» resulta evidente cierta remembranza de la melodía vallejana pero rompiendo el cascarón de la soledad, la lluvia, los caminos. La ternura llega a límites mayores cuando el poeta expresa su amor filial:

Cada vez que regreso de ganarme
la muerte
con el sudor de mi vida,
junto al amor encuentro siempre a un niño
con el dedo en la boca.
Como todos los niños

Venid. Venid a verle, que está espantando
al mal, que está espantándolo
con su sonaja de inocencia,
que está ahuyentando al mal a sonajazos limpios...

Venid , hombres del mundo.
Alzad, mover una sonaja
de amor. Id por la tierra
con un dedo de paz, tan solo un dedo...

¡Viva la baba! ¡Arriba la sonaja!
¡Hurra la vida! ¡Upa la esperanza!

(de CANTAR DE RODRIGO)

Romualdo es un poeta imprescindible para comprender o sentir con mayor intensidad las profundidades de la poesía de Vallejo. Incluso en la elegía, su voz es la de un hombre en imperturbable protesta contra el infortunio, la injusticia, la indiferencia:

Porque nadie te vio cruzar la calle,
como cruzan las lágrimas el rostro, por eso –hoy
por tí, mañana
por mí– pluma y papel se juntan
silenciosos, Sérvulo,
para ayudarte
a subir
la escalera, la calle
sin salida, el boquerón donde metiste el alma.
...Pobre pincel tirado sobre el cespéd.
Pálido como un papel, te dejaron
en medio de la calle.
...Por eso
porque nadie te vio cruzar la vida
como cruzó el cuchillo por tu rostro,
lienzo y pincel se juntan en silencio, Sérvulo,
para ayudarte.
(De SÉRVULO)

Incluso en los versos amorosos, tan poco difundidos de Romualdo o quizá escondidos para hacer de su poética un canto único a la libertad, a la justicia, al Perú, el poeta mantiene ese singular timbre estético que marcan su personalidad poética:

Tus ojos y los pájaros tienen algo en común
algo en común con el cielo, mi vida.
...Pero tus ojos vuelan más alto que los pájaros,
tus ojos llevan más pronto y suave al cielo.

Alejandro Romualdo Valle Palomino fue su nombre inscrito en su partida de nacimiento, sucedido en la hacienda Laredo el 19 de diciembre de 1926, provincia de Trujillo. La mañana del 27 de mayo del 2008, el artista Carlos Bernasconi me dio la fatal noticia del deceso del poeta. El velatorio fue en la Casona de San Marcos, el féretro salió en hombros de una muchedumbre que entonaba la Internacional.

No obstante que su producción literaria abarcó libros como *La torre de los alucinados*, *El cuerpo que tú iluminas*, *Cámara lenta*, *Mar de fondo*, *España elemental*, *Poesía concreta*, *Edición extraordinaria*, *Como Dios manda*, *Cuarto mundo*, *El movimiento*



Alejandro Romualdo con Jorge Díaz Herrera en un certamen literario



Alejandro Romualdo con el ensayista italiano Antonio Melis y José Carlos Mariátegui Chiappe.

y el sueño, *En la extensión de la palabra* y diversos poema repartidos en importantes revistas, lo que más se conoce de Romualdo es el hermoso CANTO CORAL A TÚPAC AMARU QUE ES LA LIBERTAD, poema por cuya alta resonancia épica quizá habría bastado para quedar grabado en el recuerdo.

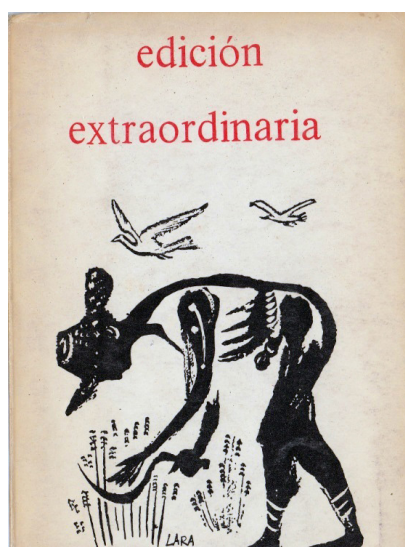
Alejandro Romualdo fue también dibujante y autor de dos personajes de humor: Inga y Mandinga. Y cuya última caricatura fue censurada por ironizar sobre la orientación política del gobierno:

–Inga: Ni capimunista.

–Mandinga: Ni comutalista.

Concluyo este testimonio de afecto y fraternidad a mi querido amigo Alejandro Romualdo con las palabra que el propio poeta antecede a *Poesía íntegra*:

«Quizás este libro, ordenado como la lluvia, fue escrito siempre así, hacia abajo, todo el tiempo, como el tiempo, sin saberlo verdaderamente hasta ahora, porque la poesía no miente nunca a lo largo de su existencia sin ficción; íntegro pero no



definitivo, intermitente y vitalicio, nunca acabado, pero ahora continuo, pluvial: un solo de poemas o gotas, o nudos o señales de vida sin sistema ni término, porque aunque viviera un millón de años continuaría lloviendo, con resistencias y tensiones, locuras de amor y últimos suspiros, porque así es la vida, el libro incompleto de la vida, vivido completamente, gota a gota, nudo a nudo, poema a poema».



Los comienzos literarios y el testamento poético de **Alejandro Romualdo**

Marco Martos

Poeta y ensayista

El amor es una palabra
y otra palabra
que no dicen nada
de lo que dicen las palabras
de amor
cuando estoy a tu lado

Romualdo



Hay quienes tienen, expresan y defienden sentimientos adánicos en la poesía peruana. Estamos entre aquellos que sostienen el punto de vista antitético, es decir entre los que piensan que cada poeta de valía se va engarzando necesariamente con los anteriores y sirve a su vez de nexos con los que le siguen. El caso de Alejandro Romualdo es uno de los más arquetípicos, pues en el libro *La torre de los alucinados* que data de 1949 (1) se deja sentir la influencia de Eielson y, naturalmente la de Rilke, que era el poeta europeo más leído en esos años y debajo de ellos, aquella otra, menos perceptible pero más interiorizada, la de Vallejo.

Pero viendo las cosas de otro modo, un poeta es algo más que la suma de sus influencias. Si nos ocupamos de Romualdo es porque es a su vez cabeza de una corriente, de un modo terrenal de escribir poesía que influye sobre otros poetas de su generación como Washington Delgado Gonzalo Rose y de otras promociones como César Calvo o Arturo Corcuera, pero aparte de ser portavoz de una tendencia, es decir, ser alguien de importancia para los lectores de poesía, Romualdo es todavía, concluida su obra literaria, un poeta capaz de emocionarnos, no solamente en sus versos más celebrados, y esa lozanía de su escritura es la que convoca nuestro interés.

Las diferencias con Eielson

En 1949, un jurado compuesto por Aurelio Miró Quesada, Luis Jaime Cisneros y Manuel Beltroy otorgó el Premio Nacional de Poesía a Alejandro Romualdo, autor del libro *La torre de los alucinados*. Se ha señalado con justeza en ese primer libro la huella de Jorge Eduardo Eielson, pero antes que las semejanzas inevitables, teniendo en cuenta que Eielson se

había convertido en el poeta más notable del momento, y que Romualdo estaba en sus comienzos, parece conveniente ahora, tratando de estudiar las poesías de este último, marcar los rasgos originales, las características personales y mostrar las diferencias con Eielson.

Ciertamente Eielson fue desde su primer libro, *Reinos*, un maestro de los más jóvenes. Ahora bien ¿qué había que aprender de este notable poeta? Sin duda impactaba su extraña forma de combinar las palabras (puros valles, eléctricos sotos), ese ritmo grave y sencillo que él inaugura en la poesía peruana y que tiene antecedentes simbolistas, pero sobre todo el gran oficio del que hacía gala. De parecido modo, Romualdo, a lo largo de toda su carrera poética, pero ya desde sus comienzos, posee una conciencia muy desarrollada del valor del trabajo literario, tiene un alto concepto de su misión poética y escribe porque juzga necesaria la *realidad* que añade al mundo con sus versos. Cuando se lee una y otra vez *Reinos* de Eielson hay una especie de velo, un distanciamiento muy marcado entre el lector y los versos que va disfrutando. La adjetivación contribuye a desrealizar los pequeños cuadros fantasmagóricos que van desfilando delante de nuestros ojos. Cuando leemos en cambio *La torre de los alucinados* hay una mayor simplicidad sintáctica y semántica que puede atribuirse tanto a la juventud de un autor que hace sus primeras armas poéticas como a una elección deliberada que tiene por objetivo garantizar la comunicación con un grupo grande de lectores.

Presencia de la infancia

En uno de los poemas más caracterizados de su primer libro titulado *Sobre la infancia*, Romualdo escribe:

La infancia nos llena la cabeza de luciérnagas,
 de polvo las rodillas y los ojos nos cubre
 dulcemente. La infancia nos llena las manos
 de globos y limosnas, la boca de pitos y azucenas
 y nos cubre las espaldas con sus plumas de cigüeña.
 En la infancia son monarcas los ratones y los dientes.
 ¡Oh la infancia, la hora blanca del reloj,
 el tierno silabario, el bonete de los ángeles y el duende!
 Uno se siente nuevo, herido por un corcho,
 muerto heroicamente sobre un caballo de madera:
 amo mi infancia, mi corazón en pantalones cortos.



El verso es libre y largo, en algunos casos, alejandrino, siempre de tono sentencioso, pronunciado por un narrador omnisciente. Es un adulto el que habla, pero se muestra sumamente comprensivo con los ritos de los niños. Hay una cierta condensación de la infancia de todos, o mejor, de la que en ese momento el poeta cree que es la infancia de todos, una feliz edad embellecida según los mitos más difundidos, ratones, y duendes, regalos (implícitos en la palabra «dientes»), tiernos silabarios, ángeles, plumas de cigüeña. Pero más que un programa literal línea a línea, interesa señalar que el tema de este poema no es una disquisición sobre la infancia, sino una evocación de lo infantil, lo que queda claro es que los elementos positivos que

son mayoritarios en el poema aun cuando aparecen solamente descritos aparentemente sin connotación definitiva, aluden a un tiempo pasado: lo hermoso es pues *lo que fue*; en ese sentido el poema se condensa en el último verso donde se dice: «amo mi infancia, mi corazón en pantalones cortos». Como sucede a menudo con muchos poetas que comienzan y que en plena juventud están enfrentados de manera rigurosa a las dificultades de los días, la infancia aparece como una especie de paraíso distante, como una patria inalcanzable.

En otro de los poemas característicos de esta primera época, *Pascua personal*, escribe Romualdo:

Amo la navidad y sus zapatos llenos de inocencia,
el nacimiento que hiciera, adoradora, la mano de mi madre,
el fervoroso pino, luminoso, de los ángeles
y el santo pan dulce.

Amo la noche que nos devuelve celestes alfabetos
y nos hace pequeños serafines con bonete.

Pidiera yo esta noche, como tantas,
algo que me hace falta, que he pedido
desde el día que bajamos la mirada.

Amo la Navidad, porque renazco,
me unjo cuarto rey
y voy camino del Belén que busco.



El poema es emblemático porque resume no solamente al primer Romualdo, sino porque toma un tema fundamental de la poesía peruana, el asunto de Dios. Desde González Prada para acá los poetas peruanos no han sido indiferentes frente al asunto religioso: el propio Romualdo, ya en su fase materialista posterior, siguió usando una simbología de origen cristiano.

Pero no nos adelantemos; lo importante de este poema está en el enfrentamiento entre un edulcorado pasado y la necesidad de negarlo en nombre de un futuro que el poeta espera promisor. Romualdo recoge aquí un elemento anterior al cristianismo y que está presente en la Navidad. Entre los científicos modernos, fue Isaac Newton el primero que llamó la atención respecto a las asociaciones astronómicas entre la Navidad con los solsticios de verano e invierno. El hombre ha tendido siempre, de modo inconsciente a hacer coincidir las fiestas con los solsticios. Y solsticio signi-

fica cambio. El sol, origen de toda la vida, está muy vinculado a la Navidad. Sirva esta digresión para subrayar la necesidad de Romualdo de incorporarse al santoral cristiano como un “cuarto rey”, es decir como de los adoradores antiguos de Dios Sol, para ir camino de un Belén diferente.

Este poema tiende de un modo nítido un puente con la poesía posterior de Romualdo. Sabemos que el poeta renunció a la imaginería infantil que le era propia en los años 1945, 1949, renunció también al lenguaje brillante que había empezado a dominar, renunció a las lecciones de Rilke y de Eielson, o mejor, las interiorizó; buscó, en cambio, hacer una poesía bronca, concreta, real-real, si cabe. Releyendo *La torre de los alucinados* podemos deducir que ya en ese libro, confusamente todavía, estaba anunciada la clave de la poesía posterior de Romualdo y que no es otra que una poesía de futuro, la búsqueda de un Belén para todos.



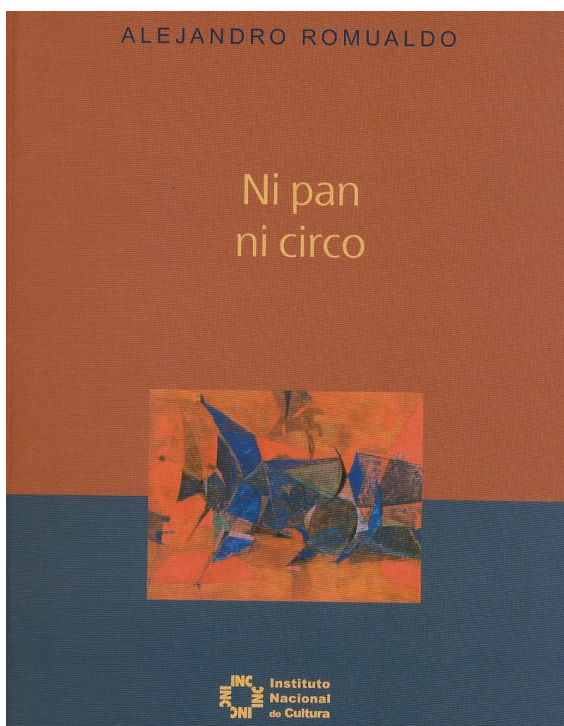
Hernando Cortés, Carlos Bernasconi y Alejandro Romualdo en la Gran Vía, Madrid, 1952

A manera de primera conclusión

En el momento de la aparición de Romualdo, el poeta más importante era Jorge Eduardo Eielson. Su influjo y el de Rainer María Rilke se dejan sentir en el primer libro de Romualdo. Pese a esa relación innegable con Eielson, el primer Romualdo se caracteriza por una fuerte originalidad cuya nota saltante es la reminiscencia de una infancia feliz. El mundo infantil evocado y embellecido por Romualdo tiene connotaciones religiosas, tanto cristianas como paganas. El lenguaje utilizado por el primer Romualdo es a ratos edulcorado, pero en otras ocasiones muestra ya una tendencia a evidenciar lo real—real que caracterizará a su poesía posterior.

El testamento poético

Alejandro Romualdo desarrolló, a lo largo de décadas, una carrera poética y política impresionante, que hemos tratado en otras ocasiones y sobre la cual siempre es posible volver, para encontrarnos con nuevos hallazgos. Ahora nos interesa, hacer algunas reflexiones sobre el último libro que salió de sus manos y que es su testamento poético: *Ni pan ni circo*.



Gonzalo Rose solía decir que los poetas jóvenes tenían mucha fuerza y tienen que dedicar años a adquirir técnica y solo algunos, cercanos a la edad proveya, adquieren sabiduría. Si todo esto fuera verdad, como creemos efectivamente, el Romualdo final adquirió sabiduría. Y la tuvo no solamente para escribir los versos magníficos que nos ha legado, sino para rectificarse frente a algunos conocimientos suyos de su pasado político. El mayor de todos, la figura controvertida de José Stalin, llamado «el hombre de acero» en los años de la segunda guerra mundial. Nadie duda de que Stalin condujo a la Unión Soviética en momentos muy difíciles, desde el asedio nazi a Stalingrado hasta la derrota final de Hitler. Pero es sabido también ahora que junto a esa eficaz dirección desató una persecución contra quienes no estaban de acuerdo con su manera de conducir a la nación. Y eso fue no solamente una tragedia para la Unión Soviética, sino para los partidos comunistas del mundo. Romualdo fue un militante que vivió de manera personal esas contradicciones. En su último libro reflexiona y dice:

El cadáver estaba allí (Estuvo).

Todo de gris, como un cuchillo.

La cabellera, gris.

El gran bigote asiático, gris.

La pulcra guerrera, gris

(Oh el color oficial

“gris sobre gris”

del que habló Marx).

El hombre Gris, de acero.

La Eminencia de Acero, gris.

Triste ceniza que emprendió el asalto

de un cielo

gris.



José Carlos Mariátegui, dibujo de Alejandro Romualdo.

Ay camaradas,
los tiempos cambian
las estatuas de piedra gris se desploman
los grandes retratos grises se cuartejan
el culto de la arbitrariedad
se quiebra
las alabanzas pasan
Ay, doloroso triunfo
de lo nuevo
sobre lo viejo: “Adoremos
a nuestros dioses”,
un buen consejo.
(...)
Piedra gris del Escándalo.
Muerto que no te rindes.
Tu fantasma se eleva
como una copa vacía
como un fósforo triste
que un viento gris
sobre gris
apaga.

Abierto al azar, cualquier poema de *Ni pan ni circo* es testimonio de una calidad poética que todo indica que prevalecerá en el canon literario de la poesía hispanoamericana. Hombre de combate toda su vida, huraño con los que querían, como en un poema de Brecht, ponerse como ideólogos de sus escritos. Alejandro Romualdo es un paradigma de los poetas peruanos del siglo XX. Reconocerlo es un deber elemental para todos los que consideramos que la poesía dignifica a quienes la leen y a

quienes la cultivan indiferentes a las galas que da la fama, de mil ojos y caprichosa con su tambor, como la imaginaban los griegos. A esa diosa veleidosa, Romualdo le escribió este poema:

Esculturas para Fama

Oh Fama silenciosa, más que nunca
valió gozar, temprano y discreto,
tu secreto encanto,
bajo el verde árbol dorado
del atardecer.

Excúsame,
si he llegado tarde a la cena.

Me demoré
quitando y puliendo para ti
las piedras del camino.

Este poema, una vez más entrega verdad y belleza. ¿Qué artista no desea ser reconocido? El mismo Romualdo lo quiso en su juventud con vehemencia. En medio del combate social y político, transformó a su poesía en un arma literaria. Pero sus mejores y más persistentes logros aparecieron en su última etapa, cuando había optado por una vida monacal, apartado de los fastos literarios y de las cantinelas políticas, atento siempre al sentir de los expoliados.

(1). En el volumen de Alejandro Romualdo *Poesía* (1945-1954), Lima, Mejía Baca, 1954. Al contrario de lo que podría parecer, el libro *Poesía íntegra*, que Alejandro Romualdo publicó en 1986 (Lima, Viva voz) no recoge todos los poemas de la primera etapa, según lo hemos descubierto mientras pergeñamos la última versión de este artículo.



Poemas de Alejandro Romualdo

EL CUERPO QUE TÚ ILUMINAS

Porque eres como el sol de los ciegos, Poesía,
profunda y terrible luz que adoro diariamente.
Mis ojos se queman como los ojos de las estatuas,
mi corazón padece como un vaso de vino en un armario.

Tú eres un puente de agonía, un mar animado
de agua viva y palpitante. Tú te alzas y brillas:
yo giro alrededor de ti; alta y pura te miro
como los perros a la luna, como un semáforo para morir.

¡Oh Poesía incesante, mi buitre cotidiano,
me tocó servirte en el reparto de sufrimientos:
como un niño exploraba las tierras pálidas del sol.

¡Oh, Poderosa! Yo soy para ti uno de los miembros
de esta numerosa familia sideral
compuesta de padres e hijos milenarios.
Yo soy para ti la noche: Tú me enciendes,
ardo en el vientre universal,
rabio con las olas y las nubes,
escribo al girasol que me ama diariamente deslumbrado.

Yo te devuelvo, amor mío, como un espejo desierto
en cuyas entrañas están las cenizas de donde Tú renaces.
Yo te devuelvo amor, mi vientre se renueva sin cesar.
Tú me ocultas y muerdes, entonces, como una ola gloriosa,
llena de dulzura y vigor.

¡Oh Poesía, mi rayo divino y cruel, clava tu pico,
devora el fuego que me abate, apaga esta zarza inmortal!
He aquí mi cuerpo, roído por las estrellas,
pálido y silencioso como un dios que ha cesado
y que tú arrastras, borrándolo, como el mar o la muerte.

De *El cuerpo que tú iluminas* (1950)

CONTROL REMOTO

Anónimo, social y combativo,
mi tácito antropoide se levanta.
Come conmigo. Fuma. Silba. Canta.
Enamoro con él. Padezco y vivo.

Siempre corrige todo lo que escribo.
Siempre intuye el dolor. Y se agiganta.
Veloz, fuga de mí: se me adelanta.
Brutal, me empuja todo lo lascivo.

Desde su límite animal, suspira.
Desde su límite animal, me mira
el pobre: taciturno, humanizado.

¡Ah, mi civil, angélico antropoide,
paga en metal y cobra en metaloide
su derecho a vivir encarcelado!

De *Mar de fondo* (1951)

TÚ NO ERES UN ÁNGEL

Tú no eres un ángel, ni un hada, ni una diosa,
y yo te amo.
Tus alas son las alas de mi poesía.
Tu espada es la espada de mi poesía.

Tú no eres un ángel, ni un hada, ni una diosa.
Posees un cuerpo real. De mujer.
Los ángeles no me protegen como tú,
ni me hablan como tú,
ni sus alas son más suaves que tus cabellos.

Te amo así: mujer de labios dulces y manos ásperas,
mujer de carne y sueño, mujer mía
en medio de la felicidad o el sufrimiento.

De *Edición extraordinaria* (1958)

TAMBOR DE SAUDADE

BAJO LA LUNA Y BAJO EL SOL, en la maleza delirante,
Bembo golpea la tierra como si fuera un gran tambor,
y el vuelo de las garzas lleva el aire de los presagios.

Como si fuera un baile, todo el universo se agita:
los viejos flamencos, las hojas, las orquídeas
y el grito de los pájaros es un augurio.

Vestido de gala, sin su collar de blancos dientes,
sin piel de lagarto ni plumas de papagayo,
Bembo toca el tambor oscuro de los delirios.

En la sala de baile, bajo las luces hirientes,
y el saxofón que sopla como un elefante enloquecido,
las trompetas anuncian el juicio final de la tristeza.
Y de su caja de música, que es una caja de sorpresas,
Bembo, el brujo, hace surgir las melodías futuras.

Los tambores del Brasil suenan lentos como la vida que empieza
o como la muerte que empieza su prodigioso nacimiento,
y el mágico tam-tam de su corazón emocionado
llena el pecho del hombre de una palpitación indescriptible
y el vientre de la hembra de un ruido sofocante.



BELLEZA CLÁSICA

TODOS ALABAN tus mejillas dulces,
tu tenso vientre, tus abruptos senos
y tu impecable e intacta dentadura.
(Pero callan, oh Níger impetuosa,
el temblor de tus nalgas celestiales.)

RESPONSO POR UN PAYASO MUERTO

AQUI YACE SAM BROWN. Aquí descansa su rueda pálida,
la que hacía girar sencillamente bajo sus pies como un
planeta o una ola.
Lejos de su infancia silvestre, de la fiebre sexual, del
tambor y la danza hirviente.
Lejos. Dejó su infancia de leopardos y grullas y flores exóticas.
Aquí yace, más frío que la luna, más triste que el vino,
derramado y oscuro como un vaso de miel para todas las
moscas de la destrucción.
Una familia de arlequines le reza. Los astros del circo lloran
y se apagan:
la muerte es una rueda muy traicionera, un jaguar silencioso
que cae desde lo alto —desde cualquier hora—
como un fruto encendido cae desde cualquier estación.
Aquí yace Sam Brown, más pálido que un espejo bajo la
hierba mortal.
Su último traje ya no se arruga, el traje de la función final
en la cual tenía que caer junto con el telón
de la vida y la rueda.
Pidamos que la muerte no nos deje decir nada.
Pidamos que la muerte nos separe, nos desgaje suavemente.
Pidamos que nos haga desaparecer como un ilusionista.
Roguemos porque la muerte llegue como el extraño que nos
pregunta por la hora.
Porque Sam Brown ya no se mueve.
Porque aquí yace Sam Brown como un girasol ciego.

De *Cuarto mundo* (1970)

OCTAVO DIA DE LA CREACIÓN

Los ojos del Halcón están clavados
en los vuelos de la Fantasía
La victoria consiste en traerla a tierra
Recuperado el sentido de la ilusión

la Fantasía
sirve *un racimo de aves*
faisanes de mil maravillas *doradas*
un jabalí LA MESA DEL CAZADOR codornices
en cuya mano *una canción*
la pluma del oficio se yergue *de amor*
cual *un azor* invicto
y férreamente disciplinado

Consumada la proeza una dulce dichosa satisfacción
inunda al goloso cazador: la presa
el poema es un glorioso
ciervo trofeo
paloma que provoca
el más voraz e inútil de los apetitos

(la creación es insaciable)

Los grandes poemas
cuyas ruinas aún nos deslumbran
han sido escritos con la mirada en lo alto del cielo
y la mano en la TABLA DE CREACIÓN
que la mesa ofrece
al cazador en su zozobra

El Poeta sale de cacería Armado
se sienta a la mesa de Poderosas Razones
y Fantástica Imaginería
con el dulce perro de la Intuición a sus pies
De pronto

escribe o dispara:

la paloma cae
como una página de mortal belleza
La mano del Cazador cerró las alas del Libro
y devolvió al Halcón una mirada fulminante

Sobre el mantel verde dorado
eposa el poema

«*La mesa está servida*»

De *Extensión de la palabra* (1974)

MIRAD AL PAJARITO

Posaban para la inmortalidad.
La eternidad es una cámara oscura.
Resultó que fui el único mortal.

Miraban todos al pajarito.
Posaban para la inmortalidad.

La corbata en su sitio.
La mirada en su sitio.
La sonrisa en su sitio.
Ninguna arruga en el rostro.
Silenciosos
solemnes
estatuarios
y suspendi-
da la respi-
ración.
Miraban todos al paja – ¡clic! – rito.
Posaban para la inmortalidad.
La eternidad tiene cara de hereje.
Resultó que fui el único mortal.
Sin que ninguno lo advirtiera
(estaban todos absortos
posando para la inmortalidad).



NI PAN NI CIRCO

Hominem, Cassiodore, comes
Marziale

Cómo cambian los tiempos,
Magnanimus,
ya no existen ni el pan ni el circo
que sobre el carro recorrías
triunfante
ni tu purpúrea túnica alcanza ya a
cubrir
tanta ensangrentada arena.
La rueda de la fortuna se detuvo
aquí
y el fiel de la balanza te traiciona.
Fuera del circo se devoran, sacan
las garras: «Non est piscis:
homos est...»

(Marco Valerio Marcial).

Escucha, oh Magnanimus, al esclavo
que ayer sostuvo tu corona
y hoy te murmura a la oreja
piadosamente:
«Proteged a los leones, proteged a
los leones».



Fresco Romano

MISERIA DE LA IDEOLOGÍA

*Nada más terrible
que una conciencia limpia
en el tercer planeta del sol.*

Wisława Szymborska

Nada más terrible
que una conciencia limpia
en el tercer planeta del sol.
Los mismos que las piernas te cortaron,
en estricto privado,
hoy te regalan las muletas
en acto público.
Oh Publio,
agradece a Magnanimus la gracia.
No lo pienses dos veces: sólo una
cabeza tienes.
Mas no la inclines. No sea que mañana
te la cercenen
sin pensarlo una vez: filosofía
de la miseria,
pues los mismos que las piernas te cortaron
en cámara oscura,
hoy las muletas te regalan
en ágora luciente.
Qui populi sermo est? (Persio Flaco).
No pierdas la cabeza: “ Marx
no era tan loco...”, dijo Engels.
Avanza, Publio. El camino ha terminado
pero no el viaje.

De *Ni pan ni circo* (2002)

En el Perú abundan las mujeres que han destacado por su heroísmo, valentía o belleza en los fértiles campos de la historia, del arte, la poesía, la educación, la narrativa, la ciencia, y otros. En esta ocasión quisiéramos hablar de una compatriota casi desconocida, a pesar de que sus grandes hazañas nos llenan de asombro. Un personaje de leyenda en toda regla, sin embargo, histórico, tan real como los acontecimientos aquí relatados. Sus partidas de nacimiento y de matrimonio la ubican en el Perú, y sus huesos reposan en Lima. Si bien el personaje y los hechos son históricos, como muchos documentos lo prueban, el relato se toma libertades literarias para dar vida a los actores, los escenarios y los diálogos que no constan en los anales de la historia, pero nos dejan suficientes espacios vacíos para dar paso a la fantasía sin faltar a la verdad.

La Almirante de los mares del sur

Adela Tarnawiecki Escritora

Un grito fuerte y sonoro que hizo retumbar las paredes se oyó en la elegante casa en la calle de Las Descalzas de la Lima virreinal. A nadie habían herido ni golpeado, era simplemente Isabel que llegaba a la vida con el bramido de triunfo que habría de acompañarla toda su existencia. Transcurría el amanecer del 19 de noviembre de 1567 cuando doña Mariana hizo aguas. No pasó ni siquiera un cuarto de hora cuando ya Isabel reclamaba el mundo como suyo, navegando en ese líquido materno tan diestramente como más tarde lo haría en la mar oceánica. En el mismo instante de su nacimiento, a poca distancia, en el puerto de Lima del Callao, el joven capitán don Álvaro de Mendaña ordenaba zarpar a la Nao capitana, *Los reyes*, y a las demás naves de la escuadra. Enfilaban rumbo a su primera expedición exploratoria del inmenso mar Pacífico.

El padre de Isabel, Nuño Rodríguez Barreto, era portugués pero trabajaba para la corona española porque en esa época Portugal estaba bajo el dominio español. Vino al Perú junto con su padre, Francisco Barreto, en la época de la conquista. De este abuelo heredó Isabel su amor por la navegación.

Desde su nacimiento, Isabel fue una hermosa niña de piel sonrosada y una pelusilla tan negra como sus ojitos de uva que traía muy abiertos. Miró directamente a la cara de la comadrona y sonrió, encantadora, curiosa e inquietante.

Al anochecer de ese día, como de costumbre, la calle de Las Descalzas era un hervidero de gente. Vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías con pregones y canciones. Una negra de abundantes carnes anunciaba sus buñuelos a voz en cuello en medio del bullicio:

*Me llaman picaronera/ porque vendo picarones/
y no me llaman "ratera"/ cuando robo corazones.
/¡Qué ricos! ¡Qué ricos!/ Picarones calentitos/
La picaronera/ ¡Se vaaaaaaa!*

La niña crecía con hermosura lozana en ese ambiente de paz y privilegio, bien cuidada por su madre y Menchu, su aya mestiza, apodada Emolienta por lo afable de su carácter y porque había criado a sus hermanos con la paciencia de un santo. —*Todos estos niños me son queridos*, —pensaba Emolienta— *pero esta pequeña me ha robado el corazón. Es tan linda y*



tan dulce... eso sí, cuando le da la gana, pero Dios nos libre de su mal genio e inquietud. No sabe estarse tranquila. ¿Cómo será de grande?

Isabel heredó de su madre una abundante cabellera ondulada, muy oscura, que resaltaba la tersura de su piel mate claro. Solía sujetarla a los costados con peinetas en forma de pequeñas rosas. De su padre heredó un elegante porte que transmitía aquel don de mando que bien le serviría en su vida futura.

La curiosidad de la niña por enterarse de todo no tenía límites. Siendo aun chiquilla ordenaba a Emolienta con voz de dueña y señora que la subiera hasta el bargueño para rebuscar en los papeles de su padre. Los mapas le fascinaban, los extendía sobre la alfombra y se sentaba a imaginar lo que pudiera haber en esas islas arrojadas por mano creadora en medio del mar. —*Cuando sea grande voy a ser capitana y tendré un barco. Me pasearé por el mundo entero y conoceré esta isla, ésta y ésta—*, se decía, señalando el mapa con su dedito regordete.

De tanto escuchar a los muchos sirvientes indígenas de la casa, Isabel aprendió el quechua

como quien memoriza una canción. Entre los cuentos, su preferido era la leyenda sobre las ricas tierras en las islas oceánicas frente al puerto peruano de Paita. Tal vez los criados se referían a las islas Galápagos. Pronto los mapas que tenía su padre no fueron suficientes para satisfacer la curiosidad de la chiquilla, así que buscó ampliar sus conocimientos convirtiéndose en asidua lectora de la «Librería del Colegio Máximo de San Pablo» nombre que por entonces tenía la enorme biblioteca de los jesuitas y que más tarde sería la biblioteca de la Universidad de San Marcos. Allí se guardaban las más completas y modernas colecciones de cartas de navegación, aun cuando insuficientes e imprecisas para navegar con un derrotero seguro.

Cierto día en que se dirigía hacia allá, vio cómo un grupo de palomas revoloteaba en círculos una y otra vez sobre las torres de la Catedral, hasta que las campanas que comenzaban a dar las doce del medio día las ahuyentó; la bandada voló entonces hacia la Iglesia de La Merced, a tres manzanas de distancia. Al mismo tiempo el padre José preparaba la

salita de lectura para la visita que esperaba. Cuando Isabel salía a la calle en estas ocasiones, siempre acompañada por Emolienta, se vestía de «Tapada», traje que estaba de moda en Lima y que consistía en llevar un manto que cubría la cabeza, dejando al descubierto solo un ojo. Conveniente atuendo para que las pícaras limeñas pudiesen encubrir sus travesuras amorosas y sus juegos de seducción. En el caso de Isabel solo ocultaba sus correrías de investigación geográfica. Tenía el apoyo del sacerdote jesuita José de Acosta, antropólogo y naturalista que comprendía la necesidad de aprender de las personas y sobre todo vislumbraba en Isabel a una muchacha excepcional, una rara avis, que debería proteger y orientar. Hacía pasar a la pequeña a la sala de lectura donde la proveía de abundante material como para planificar toda una expedición. Isabel aprendió en aquellas páginas cuáles eran las partes de los barcos, cómo se construían, los vientos propicios para la navegación, cómo orientarse por las estrellas y a usar los mil instrumentos de pilotaje, sextantes, compases, astrolabios, brújulas, reglas paralelas, cuadrantes, diarios de abordaje y lo demás que un buen capitán necesita para cruzar los mares del planeta. Asimilaba todo con voracidad y pronto supo tanto como para obtener un doctorado en las artes de la navegación oceánica.

La madre de Isabel, doña Mariana, era hermana del virrey del Perú, Lope García de Castro. Su casa, por lo tanto, era muy visitada por la alta sociedad limeña. A pesar de su corta edad, la niña, que invariablemente hacía lo que le daba su real voluntad, nunca faltaba a los frecuentes saraos, festejos y veladas. Entre los asiduos invitados se encontraba don Álvaro de Mendaña y Neira, navegante ya famoso entonces por el descubrimiento de nuevas tierras en el inmenso mar Pacífico. Cuando Isabel tenía apenas diez años se ponía a conversar de tú a tú con este atractivo lobo marino que le llevaba cinco experimentados lustros. A la chiquilla le fascinaban sus extraordinarios conocimientos de las cosas del mar y sus preguntas eran interminables. Don Álvaro, que con ella tenía paciencia, admiraba su precocidad, y le relataba sus aventuras gustosamente. Su mayor afán en aquel momento era descubrir la

Tierra de Ofir de donde provenían las riquezas del rey Salomón, según refería la Biblia. Isabel también había oído cuentos similares en boca de la servidumbre. *Buscándolas* —contaba don Álvaro— *llegué a unas tierras que no eran las de Ofir. Sin embargo, les di por nombre Islas Salomón.*

Isabel ansiaba conocer más detalles, cuántas naves participaron en la exploración, cuántos hombres se embarcaron y cómo había conseguido el dinero para tan ambiciosa empresa.

Para entonces —le explicaba don Álvaro— *el virrey era mi tío don Lope García de Castro, quien estaba muy interesado en la exploración de nuevas tierras, sobre todo en esas de las que hablaban los indígenas. Fue entonces cuando me encargó la dirección de la expedición nombrándome capitán de la armada. Pero me impuso una condición: que el capitán del galeón fuese don Pedro Fernández de Quirós y que don Pedro Sarmiento de Gamboa participara asimismo en el viaje. Estos dos personajes, aunque valiosos en sus campos, fueron funestos en mi vida y me valió su eterna enemistad, pues hubieran deseado el cargo que se me había concedido. ¡Pero vamos chiquilla, deja de preguntar tanto que tengo hambre y del comedor emanan unas fragancias deliciosas!*

Cuando Isabel cumplió diecisiete años, sus padres celebraron el onomástico con un baile de gala que fue su presentación en sociedad, de hecho la aceptación de su mayoría de edad. Los invitados se asombraban que fuese capaz de obrar por su cuenta y decisión a pesar de ser tan joven, cuando en esos tiempos se consideraba que las mujeres adquirirían la mayoría a los veinticinco años y recién entonces podían administrar sus bienes en caso de no tener padre, marido o hijos mayores.

La noche del baile la luna descansaba, la casa relucía sin embargo con candelabros llenos de velas y candiles de aceite de oliva traído de Ica. Por orden del virrey, las calles se alumbraban desde el atardecer hasta las once de la noche con faroles de sebo, adosados a la pared de las casas. Coches y calesas se detenían en la entrada y dejaban bajar a damas y caballeros emperifollados con sus mejores galas.



Don Álvaro Mendaña y Neira y su joven esposa Isabel, futura almirante de los mares del sur

En el salón la concurrencia degustaba entremeses mientras esperaba ansiosa por contemplar a la festejada, ya famosa por su belleza y talento. En el momento culminante de la fiesta Isabel bajó las escaleras a paso de deslumbrante princesa. Se detuvo por unos instantes en el rellano, sonriendo con solemnidad, pero ganada de pronto por su impaciencia descendió corriendo el resto de las gradas como la criatura inquieta que era. Su traje de terciopelo y seda turquesa caía desde los hombros en discreto escote. El corpiño ceñía la fina cintura, para abrirse luego en amplia falda con bordados de Manila y mangas abullonadas. Una delicada diadema le recogía la cabellera de la cual se escapaban rulos tan rebeldes como su dueña. *—¡Dios mío—* pensó don Álvaro estupefacto *—pero si es toda una mujer!* Al instante se enamoró de ella con tal fiereza que esa misma noche la requirió de amores y le propuso matrimonio. *—Aunque me basta con tu presencia bellísima Isabel, como me sucede con la luz del atardecer, mucho desearía que aceptases ser mi esposa.*

A pesar de la diferencia de edad, la intrépida muchacha se sentía atraída por la sabiduría del

navegante y también, por qué no decirlo, de su galanura. Era don Álvaro un hombre alto y bien fornido, de tez y ojos claros, barba algo rubia, de genio arrebatado y lengua suelta. Persona enérgica y a la vez prudente, desplegaba sabias dotes para manejar los problemas de la tripulación a través del razonamiento y el consenso. Isabel hacía tiempo que lo admiraba y siendo una mujer apasionada, accedió con gusto a las pretensiones de don Álvaro a quien amó con locura toda la vida.

Se casaron cuando Isabel cumplió los dieciocho años y Álvaro los cuarenta y tres. El matrimonio funcionó de maravilla, tanto más cuando Isabel participó junto a su marido en los viajes exploratorios de nuevos territorios. Ambos compartían su fascinación por la navegación, la libertad y su deseo de descubrir tierras desconocidas en el Pacífico.

Debido a dificultades económicas y técnicas, la expedición encargada por el Virrey, tardó tres años en organizarse. El fin principal era colonizar las islas Salomón y seguir buscando la famosa *Terra Australis Incógnita*. Don Álvaro no logró que el rey financiara la empresa, aun-

que obtuvo su venia para buscar recursos particulares. Se le dio también el nombramiento de gobernador de las tierras que descubriera y Almirante *Adelantado del mar Océano*. Como no consiguió convencer a nadie para invertir en su exploración, tuvo que hipotecar sus bienes. Isabel, tan entusiasmada como su marido con el viaje, aportó su cuantiosa dote que era una verdadera fortuna en esa época.

Con el capital del matrimonio más el aporte particular del virrey se compró cuatro naves un tanto maltrechas pero reparables por mano experta de los carpinteros navales y se contrató a cuatrocientas personas entre marineros, sirvientes, curas, esclavos y las familias que habrían de poblar las islas. El virrey, que para entonces era el Marqués de Cañete García Hurtado de Mendoza, colaboró además con efectivos militares.

Isabel estaba feliz con los preparativos. Dedicó gran parte de su tiempo a seleccionar la tripulación, las familias colonizadoras y pertrechar las naves. Al mismo tiempo se preparaba a sí misma para enfrentar la gran aventura de su vida. Se entrenó en el manejo de armas de fuego y en equitación, ocasiones en que vestía con ropa de hombre del común. El mismo Álvaro era su maestro y entre beso y beso daban pasos de esgrima, espadón, picas, alabardas y de espada y capa. Cuando Isabel se enardecía con la lucha, era capaz de desarmar al contrincante y soltar algunos tacos marineros no del todo propios en labios tan celestiales.

Visitaba el puerto con frecuencia para revisar los avances en la preparación de los barcos. Tres de sus hermanos, Lorenzo, Luis y Diego, viajarían con ella y serían los encargados de mantener las naos en buen estado. También se llevaría a Emolienta, su indispensable compañía, y la única capaz de domeñar su mal genio y calmar su apasionado ímpetu. La superdotada Isabel solía impacientarse con la gente lerda y los miraba con arrogancia desde el pedestal de su esclarecida mente.

En las tardes se dedicaba a estudiar las cartas náuticas y los *diarios de abordó* de los marinos que se habían aventurado en el inmenso océa-

no Pacífico. ¡Ah, cómo disfrutaba del mar! Le gustaba el olor de las algas marinas, el «cochayuyo» como le decían en Lima, el sabor salado en los labios, la brisa marina que le alborotaba la negra cabellera como un torrente de ébano y luz, gustaba del olor del hierro y la madera de los barcos, el ondular de las velas y, sobre todo, la sensación de libertad que le daba un navío cuando surcaba las olas y se adentraba en mar abierto.

Por fin llegó el momento soñado. Al amanecer de un día de diciembre después de celebrar la misa propiciatoria para una buena travesía, la tripulación estaba lista para salir del Callao. Reunidos todos en cubierta, Don Álvaro tomó la bandera y desenrollándola la blandió al viento sobre la cabeza de sus hombres que permanecieron arrodillados mientras con una sola voz juraban fidelidad al Dios todopoderoso de los cielos y a su Majestad Felipe II. Isabel vestida de blancos encajes, adornada de perlas, con la cabellera que le azotaba el rostro, se erguía altiva al lado de su esposo, invadida por un gran alborozo, sensual e instintivo, que le hacía levantar la faz al cielo y abrir las aletas de la nariz como para sorber toda esa plenitud.

Cuando la nao comenzó a moverse, los viajeros apiñados en las barandillas de cubierta, miraban al puerto bañados en lágrimas de regocijada expectativa y a la vez de angustia al internarse en lo desconocido. Se despedían con las manos en alto respondiendo al saludo de los que se quedaban en tierra esperando ver a los barcos desaparecer al doblar el horizonte. El capellán mayor de la flota les concedió a todos el perdón de sus pecados, encomendándoles a la Señora de la Soledad, patrona de los navegantes. Se daba comienzo así a la travesía más larga de los mares del sur.

Densos nubarrones cubrían la incipiente luz del sol. Un viento erizaba la superficie del agua salpicando de espuma los costados de las cuatro naves. El piloto mayor de la expedición, Pedro Fernández de Quiroz, dio la orden desde su nave capitana, la San Gerónimo, de levar anclas y dirigir las proas al norte, hacia Paita. En ese puerto se aprovisionarían de agua dulce, bastimentos y coraje para lanzarse hacia

el oeste franco, a las tenebrosas honduras del anchuroso océano. La mar seguía picada, pero nada detuvo a la imponente sirena dorada en el mascarón de proa del galeón cortando las olas con firmeza y batiendo el velamen de resistentes telas albas de Castilla que ninguna tormenta podía desgarrar, al igual que la férrea voluntad de esos valientes hombres y mujeres en busca de una ilusión.

Una bandada de negros pájaros, agoreros de futuros males, sobrevoló las naves ancladas en Paita, graznando con sus voces plañideras como si quisieran impedir el viaje. Zarpó primero el galeón San Gerónimo y en fila le siguieron el galeón Santa Isabel, la galeota San Felipe y la fragata Santa Catalina. Navegaron durante tres largos meses entre vendavales y borrascas. El mal tiempo y la travesía interminable maltrató a tal punto los barcos que nada más echarles un ojo experto, hasta los muy fogueados marineros se desalentaban. Comenzaron a escasear las provisiones y el agua dulce se convertía en hervidero de alimañas. Una noche vieron luces a lo lejos y hacia allá se dirigieron, esperanzados. Al aproximarse se dieron cuenta que se trataba de un volcán en actividad. La Santa Isabel se acercó peligrosamente a esas agitadas aguas y desapareció entre los humos volcánicos como si se la hubiesen tragado las olas. Nunca más se supo de ella.

Habiendo navegado más de mil quinientas leguas marinas desde su salida de Lima, las naves restantes estaban en un estado lamentable, tenían las jarcias y las velas podridas, no había forma de remendarlas ni tenían con qué suplirlas. Los artesanos que llevaban a bordo remplazaron varias veces las velas con la tela de castilla que traían de repuesto y al agotarse éstas, con yutes y cáñamos recogidos en los islotes. Mal sustituto para abrazar el viento, hacían la travesía lenta y penosa. La intención de Mendaña era dirigirse a las islas Salomón tratando de alcanzar la latitud anotada en su primer viaje, pero los instrumentos de navegación de los que disponía eran arcaicos y posiblemente le desviaron el rumbo. Las largas travesías y las malas condiciones hacía cada vez más difícil la vida a bordo. Los ánimos

de la tripulación se agriaron tanto o más que el bastimento y muchos ansiaban dar media vuelta y regresar. Pedro Sarmiento de Gamboa, agitador por naturaleza, aprovechaba ese ambiente descompuesto para incitar al motín.

Al borde de perder las esperanzas, una mañana don Álvaro observó que las aguas del mar venían de dos oleajes opuestos, como buen marino entendía el lenguaje de las olas, intuía que había una isla cerca cuyo extremo sur partía las aguas como si fuese una quilla. Poco después se confirmó su teoría, se divisaron en lontananza tierras, dirigió sus naves hacia allá y tomó posesión de ellas en nombre de España. Al comprobar que no se trataba de las Islas Salomón según las coordenadas, las bautizó con el nombre de islas Marquesas en honor del virrey del Perú García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete.

Isabel se dio cuenta que hacia el norte había bancos de arena e islotes, supuso que debería haber islas más grandes. Tomó entonces el mando de una de las naves para explorar por su cuenta aquella zona y comprobó con alegría indescriptible que se trataba de todo un archipiélago. Su espíritu se ensanchó con la satisfacción del descubrimiento de aquellas bellas playas de aguas profundas que iban cambiando sus tonos de azul y verde esmeralda al acercarse a las doradas arenas de la orilla.

Decidieron desembarcar en la isla más meridional. Al descender vieron con horror que los naturales les atacaban. Se entabló una escaramuza y unos cuantos españoles cayeron prisioneros de los indígenas, desapareciendo en las selvas como se desvanece la música en una pavorosa pausa y pesado silencio lleno de resonancias de malos presagios. Más tarde se enteraron que se los habían comido pues se trataba de caníbales. Entre batallas y comilonas de los nativos perdieron la vida allí cuarenta y siete hombres, el resto logró escapar muy maltrechos y continuaron el viaje en busca de las huidizas Salomón. Nunca habían pasado tanto miedo, que una cosa es morir en batalla y otra muy distinta ser cocido en un asador. Don Álvaro dudó entonces sobre lo que debería hacer. —*Mi gran sueño* —se decía—

es colonizar las islas descubiertas y traerlas a la civilización por la gracia divina y para gloria de España, pero ¿hasta qué punto puedo yo comprometer a estos sencillos hombres de la tripulación, que únicamente buscan un medio para sobrevivir y mantener a sus familias, en un anhelo ajeno que para nada les interesa? ¿Cómo puedo ilusionarlos con fantasías que a veces ni yo mismo me las creo? ¿No sería más sensato dedicarse simplemente al comercio sin exponer tan crudamente la vida de la tripulación? Nunca don Álvaro encontró la respuesta y la fuerza de su quimera lo arrastraba como un vendaval.

Estando a tan solo cuatrocientas millas de su objetivo avistaron otra tierra que bautizaron como isla de Santa Cruz. ¡Gracias a Dios! no había caníbales, pero los nativos tampoco eran muy amistosos. Desembarcaron para hacer el debido reconocimiento y aprovisionarse de agua dulce en un copioso manantial que vieron cerca de la playa. Las aguas cristalinas, el tiempo templado, la naturaleza exuberante de grandes hojas verdes y palmeras les hicieron pensar que habían llegado al paraíso terrenal. Desgraciadamente no lo era, pues perdieron varios hombres en las escaramuzas con los indígenas del lugar. Sin embargo, dado el carácter tozudo del español, persistieron en su afán de establecer allí una colonia.

Debido a su natural conciliador Álvaro supo conquistar poco a poco la amistad del cacique local, Malope. Cuentas de vidrio, cuchillos y un espejo apaciguaron al cacique, quien se divertía matándose de risa al mirarse la cara. Agradecido, correspondía prodigándoles frutas, raíces comestibles, caza de volatería y puercos salvajes. Así pues, hubo paz durante unos meses en que los españoles pudieron avanzar en la construcción de casas para la colonia. Duró hasta que un soldado español malasangre, mató al buen Malope por pura maldad. Los aguerridos indios se sublevaron, pero no pudieron espantar a los empecinados españoles pues la colonia siguió creciendo mientras reparaban naves y construían un pequeño bergantín.

Como don Álvaro aún no se consolaba de la pérdida de la goleta Santa Isabel, mandó a



Luis y Diego, hermanos de su esposa, a buscarla en las cercanías del volcán en erupción donde la habían visto por última vez, pero regresaron tiempo después sin haber encontrado trazas de la nave. La segunda vez que lo intentaron fueron muertos a flechazos por los naturales.

Isabel lamentó profundamente la muerte de sus hermanos, pero aun le quedaba otro trago amargo que sufrir. Mientras permanecieron en la isla de Santa Cruz, don Álvaro cayó enfermo, presa de fiebres y temblores por haber contraído lo que llamaban «la pestilencia». Es de suponer que se trataba de malaria o fiebre terciana. Viendo la muerte cercana, le preocupaba enormemente la suerte de las colonias y la de su mujer que se iba a quedar sola en ese mundo tan agresivo. —¿Qué va a ser de ti amor mío, qué pasará con las islas? ¿Volverán a la barbarie? ¿Y tú, podrás regresar sana y salva a Lima?— le decía. Isabel enjugaba su frente afiebrada y lo besaba mientras lo consolaba. —Como siempre, amor mío, tomas la vida con mucha intensidad y quieres acabar con todo a las prisas. Te recuperarás más rápido que una gaviota que remonta el vuelo y verás como encontraremos de nuevo las islas Salomón, las repoblaremos y descubriremos otras. Te prometo que así será.



*Costumes des habitans
de Vanikoro*

Lith. de L'Esperance

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas de Isabel enjugadas con disimulo.

No ocurrió como Isabel lo deseaba ardientemente. Don Álvaro se debilitaba por momentos y pronto entró en trance de muerte. Firmó su testamento con gran esfuerzo, dejando a su mujer como heredera de sus títulos y gobernadora de la isla, y a su cuñado Lorenzo, Almirante de la expedición. Murió con el consuelo de haber dado lo mejor de sí para España y de haber sido siempre un hombre honrado, abatido por no haber podido cumplir con todos sus propósitos. Sus últimas palabras fueron, — *Siempre te amaré Isabel.*

El entierro del Adelantado se celebró con la impresionante pompa y solemnidad que se acostumbraba para tan alto y noble personaje. El féretro fue cargado por ocho hombres escoltados por soldados con los arcabuces a la funerala, las bocas hacia abajo y las culatas hacia arriba bajo el brazo izquierdo. Isabel encabezaba el cortejo fúnebre mostrando gran dignidad tras sus velos negros a pesar de que su alma estaba sumida en un pozo oscuro del cual parecía no iba a escapar jamás. El ataúd estaba precedido por la bandera del rey y llevaba otra arrastrando. Los estandartes lucían

crepón negro y las banderolas de los lanceros se enrollaban en el asta. Se le enterró temporalmente bajo el altar mayor de la iglesia con la idea de trasladar sus restos a Lima posteriormente. Meses después se acondicionó una fragata para llevarlo al Perú y enterrarlo en la Catedral de Lima. La nave no pudo cumplir su misión porque naufragó y desapareció en el fondo del mar, sepultura quizá más apropiada para el hombre que tanto había amado las aguas del anchuroso Pacífico. Ese día se produjo un inesperado eclipse como si el cielo quisiera aunarse al duelo por tan extraordinario hombre.

Isabel quedó inconsolable. Apenas si comía, no quiso saber nada de las naves por largo tiempo ni de colonizar tierras. Emolienta estaba siempre a su lado tratando de animarla con caldos concentrados de mariscos y hierbas de su sabiduría ancestral. Algún efecto tendrían los caldos pues reforzaron su fuerza vital, minaron lentamente su desánimo y la hicieron reaccionar. Cuando el pueblo de los colonos de Santa Cruz se vio atacado nuevamente por los aborígenes, sintió que su deber era defenderlo ella misma, aunque estuviera sola, ahora que su hermano Lorenzo había sido muerto por un flechazo envenenado.

Se quitó entonces el miriñaque, el jubón, la chupa, la golilla y los velos negros y vistió su cómoda ropa masculina. Juró cumplir su promesa a don Álvaro y poner en ello su voluntad inquebrantable. Tenía en ese momento veintiocho años y un brío incalculable. No era mujer que pudiera quedarse quieta llorando su viudedad, necesitaba la acción.

Habiendo pacificado la isla, reparado sus naves y dominado a los naturales, Isabel decidió aventurarse nuevamente en el mar. No temía a los nativos tanto como a sus compañeros de navegación. Para asegurarse contra intrigas y conspiraciones colocó a todos los oficiales bajo las órdenes del piloto Fernández de Quiroz, haciéndolo responsable de la navegación. Ella conservó los demás poderes, dejó muy claro que era ella la que estaba al mando en las cuestiones de defensa y las grandes decisio-

nes. La pacificación de los salvajes era relativa, nunca se sabía cuándo volverían a hostigar a la pequeña guarnición. Era preciso alcanzar Manila en busca de refuerzos para defender a los colonos.

No quedándole ya ni hermanos ni marido, asumió el mando como Almirante de la flota, caso nunca visto en una mujer. Y bien que podía desempeñar ese papel gracias al bagaje de conocimientos que tenía. Dio la orden al piloto de dirigir las naves a Manila. Pedro Fernández de Quirós, el de la mirada tabicada y mentón huidizo, que había sido enemigo declarado de don Álvaro, aprovechó la ocasión de estar en alta mar para conspirar contra ella. Contaba con el disgusto de la tripulación comandada por una mujer, castigada además por largos meses de penurias, sufrimientos y muerte cruel, caldo propicio para la insubordinación.

La Almirante mostró en ésta y en muchas ocasiones estar dotada de una voluntad de hierro, su soledad frente al mar no la arredraba, solo le daba un aire melancólico por la fugacidad de las cosas y de los seres humanos. Ante la escasez racionó los víveres y el agua sin dejarse amilanar por protestas y amenazas. Le entregó las llaves a Emolienta que guardaba las puertas de la bodega cual Can Cerbero las del Hades. Todas las mañanas entregaba a cada marinero su ración que consistía solamente en un plato de gachas con manteca y miel, y en la tarde un jarro de agua con un poco de azúcar para aguantar hasta el día siguiente. Su aya era la única persona en quien podía confiar plenamente y le traía noticias sobre el ánimo de la tripulación y los chismes que corrían por cubiertas y bodegas. Una pequeña parte de la marinería estaba de su lado por lealtad a don Álvaro, pero no así la mayoría. Isabel vivió momentos de angustia pues sabía que si no demostraba su capacidad de mando no ganaría la batalla contra los insubordinados.

La ocasión de demostrar su fuerza se presentó al desvelarse la conjura de don Pedro Sarmiento de Gamboa. Los amotinados estaban liderados por tres marineros, Isabel lo sabía y los llevó a juicio en alta mar. El veredicto fue



«culpables de traición» y el castigo la pena de muerte. No le tembló el pulso al firmar la orden de ejecutar a dos de ellos. Perdonó al tercero ante los ruegos de su mujer. Así demostró y afirmó su capacidad de liderazgo y con ello dominó la situación. Podemos preguntarnos si las decisiones que tomó fueron las más acertadas y valientes. ¡Nunca lo sabremos! Probablemente era la única forma de hacerse respetar por esos marineros ávidos de poder, enajenados por las rivalidades, y las violencias propias de un atribulado siglo XVI. Lo cierto es que logró todos sus propósitos en las peores condiciones de ese oscuro mundo de hombres de mar llevados al límite de su resistencia.

Tras cinco meses de navegación y una larga travesía entre Santa Cruz y las Filipinas, divisaron por fin los humos del puerto de Manila, entraron lentamente en la bahía, se oían ya las campanas de las iglesias y los cañonazos que saludaban a su heroína, recibida con los honores correspondientes a su rango de Almirante. Se alojó en casa del gobernador Luis Pérez de las Mariñas donde tuvo ocasión de conocer a un nuevo personaje que provocaría un auténtico vuelco en su vida. Cruzó el salón del palacio con su majestad de gallarda capitana y su resplandor de perla en la piel para ser presentada ante Fernando de Castro, sobrino de Mariñas, cuyas hazañas impresionaron

hondamente a la joven. Había sido nombrado Caballero de Santiago y Almirante de las Filipinas después de sus grandes aventuras en varios continentes, Asia, Oceanía y América, gestas que trajeron inmensas riquezas a la corona. La atracción fue mutua pues la belleza de Isabel no dejaba indiferente a nadie, como tampoco sus proezas. La vida en palacio fue suavizando su añoranza por don Álvaro, concediéndole una dulce sensación de lejanía y el amor nuevamente la bendijo.

Pasado un año de luto contrajo matrimonio con el joven, el bien plantado y aguerrido Fernando. Como no podía ser menos, dada la condición de marinos de ambos contrayentes, la boda tuvo lugar en la nave San Gerónimo con toda la pompa y esplendor que su alcurnia requería. Se celebró durante tres días entre banquetes y fuegos artificiales traídos de la China.

Isabel, cumpliendo la promesa hecha a Don Álvaro continuó las exploraciones en aquellos archipiélagos de Oceanía acompañada ahora por Fernando de Castro. Viajes que los hicieron inmensamente ricos, no con los tesoros de Ofir de la leyenda, puesto que jamás encontraron oro en ninguna de las islas conquistadas, sino con el comercio de sedas, semillas, especias, naranjas y perlas traídas de oriente.

Por un largo período Isabel y Fernando permanecieron en Santa Cruz reparando sus naves y fortaleciendo la colonia. Sin embargo, ávidos de nuevas aventuras, no dejaron pasar mucho tiempo antes de hacerse a la mar nue-

vamente. Deseaban descubrir nuevas tierras para repoblarlas y comerciar con ellas.

Isabel viajaba con frecuencia al Perú para traer nuevos contingentes de colonos. Al parecer no le costaba nada salir del puerto de Paita con nutrido grupo de paiteños y llevarlos a las Filipinas, al otro lado del mundo, como si se tratase de ir al bodeguero de la esquina. Fernando la emancipó legalmente de su tutela, dándole la plena gestión de su fortuna, rara práctica en esa época, pero a él no le importaba el dinero, le bastaba con su compañía como sucedía bajo la luz del atardecer. Ella gastaba su fortuna en viajes y en acondicionar las islas para recibir a sus nuevos habitantes. Cada vez que volvía, a Fernando le parecía tan hermosa como la transparente profundidad del agua del mar.

Isabel continuó viajando por muchos años hasta el día de su muerte, acaecida en Lima el día 3 de septiembre de 1612 a los cuarenta y cinco años. Bella y elegante como siempre, pese a ser víctima de una de esas malas fiebres de las islas oceánicas. Fue enterrada en el convento de clausura de Santa Clara, según ella misma lo había dispuesto, donde sus huesos tal vez aún reposen cinco siglos después.

Isabel fue un personaje formidable, protagonista de hazañas de fantasía. Desbordaba pasión en todo lo que hacía, de allí que sus matrimonios fueran verdaderas historias de amor propias de una novela. Navegó como la primera mujer Almirante la mayor distancia jamás recorrida por barcos españoles del siglo XVI. Atravesó por entero el Océano Pacífico, la tercera parte de la superficie terrestre, en una expedición que surcó 3.600 leguas marinas, 20.000 kilómetros de tierras desconocidas llenas de peligros, en un mundo de hombres hoscos siempre al borde de la insubordinación.

Esa mujer que personificó el misterio del mito inalcanzable, que fue marquesa y Adelantada de los Mares del Sur, hoy gran desconocida, porque la historia es ingrata, se llamaba Isabel Barreto de Castro.



Los 46 años de **ALLPA KALLPA** *(La fuerza de la tierra)*

Mónica Delgado Crítica de cine



Hace poco se cumplieron 46 años desde el estreno en Lima del largometraje peruano *Allpa Kallpa* (*La Fuerza de la Tierra*), dirigido por el cineasta argentino Bernardo Arias, y que tiene como protagonista al actor Tulio Loza. El paso del tiempo y la distancia desde su realización han permitido revalorar esta obra dentro de la historia del cine peruano, ya que en su estreno fue mal recibida, censurada y subvalorada. Su trama que satiriza sobre el migrante, y sobre la alienación en tiempos post reforma agraria en los Andes, se encuentra muy vigente, aunque haya quedado al margen al ser considerada como una comedia comercial del montón.

Ante un revival del cine andino e interés de los cineastas limeños por explorar los paisajes e historias en locaciones altoandinas y desde el quechua, como viene pasando con *Retablo* (2018) de Álvaro Delgado Aparicio o *Samichay* (2020) de Mauricio Franco Tosso, vale la pena recordar la impronta de una comedia libre de solemnidad como *Allpa Kallpa*, que mostró el problema de la tierra y las disyuntivas entre comuneros y hacendados desde una perspectiva de la urgencia, recurriendo a la crítica de los estereotipos y representaciones del migrante. Un film olvidado dentro del cine peruano que pese a tener un corpus pequeño en comparación a otros países de la región como Argentina, Bolivia, Chile o Colombia, se discute y piensa muy poco.

Esta invisibilización del valor de este film peruano también se debió a la censura que sufrió la película en el gobierno de Juan Velasco Alvarado tras un día de estreno en la cartelera local, lo que propició su poca difusión y el autoexilio en Buenos Aires de Tulio Loza, también productor del film.

La realización de *Allpa Kallpa* tomó dos años e implicó la contratación de Bernardo Arias, cineasta porteño que vino a Lima en 1972, para dirigir su primer largometraje, luego de haber trabajado en su país como asistente de dirección. En 1975 realizó otro film en Perú, *El inquisidor de Lima*, para luego establecerse definitivamente en Argentina, donde siguió su carrera en el cine hasta la actualidad.

Por un tema de oportunidades internacionales, Loza contrató desde su productora Apurímac S.A. a un cineasta extranjero, que, al final de cuentas, aportó un trabajo técnico al film y dentro de las corrientes de la comicidad de aquellos años, muy pegadas al *sketch*, al humor sostenido en chistes y en algunos *gags* que resultan re-fritos para la época.

La productora también consolidó un grupo de trabajo con figuras reconocidas del quehacer cinematográfico y cultural del país, como lo fueron el literato y periodista Hernán Velarde, en el guion, quien además ya había hecho esa labor en *Kukuli* (1960), los actores Hudson Valdivia, Zully Azurín, Cucha Salazar o Ramón Mifflin, al escritor arequipeño Jorge Pool, quien actuó de profesor, a los músicos Luis Abanto Morales y Raúl García Zárate (con cameos en algunas escenas), a Eulogio Nishiyama y Jorge Vignati en la fotografía y a Eduardo Cefferino Pita en la producción.

El regreso del hijo pródigo

El argumento del film es simple. Un apurimeño regresa a su hogar natal después de haber vivido en la capital, tras intentar forjarse un nuevo futuro. El tratamiento que le da el director Bernardo Arias a esta parte del film parte desde la comedia. El cineasta emplea el recurso de la narración



de Nemesio Chupaca (Tulio Loza), plena de anécdotas ante sus amigos, desde la cual exalta sus logros como exitoso estudiante de Derecho, con trabajo envidiable, y como novio de limeñas, y que además regresa a su pueblo con la fantasía de ser recibido como héroe. Sin embargo, el director agrega, desde un montaje paralelo, imágenes que comprueban que todo lo narrado es falso: Nemesio en realidad había sido un vapuleado soldado del ejército, que estuvo de amores con una empleada del hogar y que vivía en un barrio popular en los cerros.

De esta manera, el film se vuelve una sátira contra la figura del andino que se ufana de «modernizarse» y que abandona sus raíces en aras de convertirse en ejemplo del migrante emprendedor. Lo que demuestran

estas escenas «reales» de las vivencias de Chupaca en Lima, es que no se podía desligar de la nostalgia por su tierra, aunque su relato entre amigos lo mostrara como un ser que había superado ya su origen indígena.

En estos Andes de *Allpa Kallpa* prima la mirada del hijo que regresa al lugar natal, con las ínfulas de sentirse un limeño superior a los habitantes de Pichiuchiuchiu. Este Nemesio socarrón y altivo, que desprecia a los habitantes de su comunidad por no tener aspiraciones como las de él, como migrar y crecer en Lima, se ve poco a poco enfrentado a la voluntad del latifundista, encarnado por el actor Hudson Valdivia, quien luce «rubio al pomo» y alienado a los deleites cosmopolitas. Y



es aquí que el film vira hacia el drama y la denuncia social. Se abandona el tono cómico para adentrarse en los terrenos de la tragedia de corte social, donde el anti-héroe se va volviendo el redentor en un sistema opresor e injusto.

La historia en *Allpa Kallpa* podría resultar universal en la medida que describe el retorno de un pueblerino a su comunidad natal, tras quince años en Lima, pero lo hace renovado desde la experiencia de ser exitoso en la gran capital. Y también podría tener toques de épica al querer demostrar a su pueblo que con todo su bagaje foráneo puede ayudar a dismantelar la estructura de poder afianzada por los gamonales. Y desde esta ruta narrativa, el personaje de Loza también puede ser vis-

to como el mesías, el salvador, que viene de Lima para salvar al pueblo. Un tópico sobre el extranjero sacralizado que salva a la comunidad del horror.

Una comunidad imaginada

Como pasa en algunas ficciones del cine peruano ambientado en los Andes, en *Allpa Kallpa* también se apela a construir un lugar imaginario, cual Macondo o Santa María. Para este film peruano se creó Pichiuchiuchu, una comunidad pequeña en alguna parte de la sierra de Apurímac (aunque el rodaje haya sido en Huasao, Cusco), lugar al que regresa el protagonista Nemesio.

El pueblo no tiene referente en la vida real, como pasa con el Manayaycuna de

Madeinusa (2005), la Yurubamba en *La última noticia* (2016) de Alejandro Legaspi o el Chongomarca de la racista *La Paisana Jacinta, en búsqueda de Wasaberto* (2017) de Adolfo Aguilar. Por ello, hay libertad para ficcionalizar, a tal punto que los Andes o la sierra se homogeniza y se crea un arquetipo, o estereotipo, donde no importa la peculiaridad. Aquí, las ciudades o pueblos inventados cumplen una función secundaria, de ser solo paisajes o telón de fondo para historias que se podrían desarrollar en cualquier lugar de la sierra peruana.

Si mencionamos los casos en que en la literatura o el cine se han creado ciudades o pueblos ficticios, estos podrían responder a una necesidad de fabular sobre hechos que no existieron o no tienen referentes en lugares reales, o que podrían tener un toque fantástico donde la libertad creativa no tiene límites. Sin embargo, en el cine peruano, esta evasión de nombrar a los lugares como reales y palpables, visitables, se podría deber a un temor de que se tache al film de poco realista, o para escapar del estigma de representar con poca fidelidad al mundo andino, a pesar que se ficcionaliza sobre hechos históricos reales como el conflicto interno o la reforma agraria.

El problema de la tierra y la opresión

La mejor parte de *Allpa Kallpa* está en su apuesta crítica. Con la amistad que establece Nemesio con el profesor de la escuela del pueblo (el actor Jorge Pool), se abre una de las secuencias más impactantes en la historia del cine peruano. Ante los rumores de que el maestro está preparando una rebelión con los comuneros de la mano de Nemesio, el latifundista decide destruir el colegio con la fuerza de un tractor. La Caterpillar logra derrumbar una pared del aula en plena clase,



con profesor y estudiantes adentro, y con ella también son destruidas una pizarra y pinturas en la pared de Túpac Amaru y don José de San Martín. De esta manera, Bernardo Arias y compañía sintetizan la agenda política del gamonal: la anulación de cualquier proyecto que promoviera la libertad y la ruptura con el yugo despótico del latifundio. La educación se convertía en un enemigo, quizás el más importante.

En la lógica de *Allpa Kallpa*, la lucha provenía de la mano de la educación, encarnada en la figura del docente, quien era el



único que tenía conciencia de los abusos y de la explotación, y que convenció a Nemesio a poner manos a la obra para acabar con este imperio de los hacendados.

Por un lado, el film tiene un mecanismo dual de llegar al espectador, desde la comedia, en su tono incluso vulgar o de humor que podríamos denominar como «televisivo», y desde la tragedia, con toques de realismo social, ya que se buscaba lograr una concienciación sobre la urgencia de la reforma agraria y del cambio en el *status quo*, aunque no fuera del gusto del

gobierno de turno. Y por otro, es uno de los pocos films nacionales que emplea la comedia para la crítica social y política, ya que usualmente se valora a la comicidad como un género menor.

A la luz de los años, *Allpa Kallpa* aparece como una obra a revalorar no solo por su tema, sino por su hibridez, por su apuesta crítica y por sus intenciones de mostrar un retrato social de un país fracturado.



Herbert Rodríguez



Insolencia salvaje

Jorge Bernuy Crítico de arte

Más vale el arte bruto que las artes culturales

Dubuffet

Durante la época del gobierno de Velasco Alvarado en los años 70 se alternaba en Lima la abstracción de Szyszlo, la de Dávila y la de Springett; el surrealismo representado por Tilsa Tsuchiya, Gerardo Chávez y el de Carlos Revilla; el expresionismo de José Tola, el de Herskovitz, así como las propuestas del Pop y el Op de Ruiz Durand más su obra gráfica, el Pop de Moll, el Op de Jaime Dávila y Ciro Palacios.

En 1978 un grupo de jóvenes pintores rebeldes de la Escuela Nacional del Bellas Artes tomaron una casa desocupada de Barranco para realizar trabajos en equipo en plena dictadura militar. Por esa época llegó de Europa, Francisco Mariotti, joven pintor suizo, artista formado que se suma al grupo de Barranco por afinidad y reviven el proyecto del Festival de Arte Contacta de Barranco que se inauguró en 1979. Presentaron trabajos colectivos con una libertad desbordante: pinturas, instalaciones, performances como «El becerro de oro» que fue paseado en un anda en la plaza de Barranco: Gallinas enjauladas locas por el ruido de la música atronadora que salía de los parlantes, mientras en

una carretilla se vendía sobres de «cacacol» que era excremento envuelto que nos recuerda a la época dadaísta. Esto fue una forma de escandalizar a los observadores. El grupo estuvo conformado por Lucy Angulo, Pancho Mariotti, Cuco Morales y Fernando Bedoya.

Este grupo fundador termina su etapa y hace su aparición el grupo Huayco EPS que lo conforman María Luy, Armando Williams, Charo Noriega, Mariela Zevallos, Francisco Mariotti y Herbert Rodríguez, quienes trabajan una carpeta de serigrafías para la muestra «Arte al paso» que se exhibió en una calle de Lima. Esta muestra entusiasmó al grupo para realizar un trabajo más ambicioso y de mayor impacto: **Sarita Colonia**, utilizando latas de leche vacías componen la imagen de la Santa de los pobres que fue instalado en un cerro próximo a la carretera panamericana norte que podía ser vista por los choferes en tránsito.

Con esta instalación el grupo Huayco consigue integrar lo popular y los «desechos» a una cultura pequeño burguesa, manifestando así el rechazo a la distribución comercial del objeto artístico.

Herbert Rodríguez se caracteriza por su postura crítica y política. El humor y el sarcasmo a través de imágenes trastornadoramente directas. Predicador de la doble sexualidad, con mensajes subliminales caricaturiza a personajes de la vida social y política. En 1989 tiene una activa participación en la universidad de San Marcos, con un mural político titulado *El primer exilio* en el que podían participar los alumnos.

Rodríguez, es un desmitificador entre la sátira y la ironía, a través de lo grotesco y lo exagerado distorsiona impulsado por un deseo de disolución, de destrucción de todas las formas de arte. Nos propone con su obra, una reflexión que escapa de los ámbitos establecidos para situarse en una de las perspectivas más lúcidas del arte actual. Sin embargo tan simple, tan sencillo y difícilmente comprendido, Herbert Rodríguez hace dogma de fe su rechazo a la cultura establecida.

Se burla ácidamente de cualquier academismo, tanto presente como pasado, para entregarse a la materialidad misma de las cosas, para entrar por una tercera vía al rescate de afiches chichas, recortes de diarios, productos de los locos del graffiti de cualquier pared, ánimes, huellas del descharchado y todo lo que pueda significar expresión de desarrollo o imagen del desecho.

Para ello no solo utiliza los materiales más efímeros aparentemente innobles, sino que los utiliza como fondos abstractos para el collage. Su objetivo no es representar un pensamiento muchas veces agresivo o erótico con audaces trazos o una danza de manchas y de signos motivado por el temperamento del artista, o dicho en otras palabras, para Rodríguez no se trata de optar entre la tradición estilizada, abstracta, ornamentalista del arte contemporáneo y la figuración naturalista sino que es necesario olvidar cualquier





NO MIRE AQUI







pretexto subliminador para entregarse a otra tradición mucho más elemental y cercana, la del arte de los niños y de los locos o del grafiti anónimo de cualquier pared, de escritos y todo lo que pueda significar expresión de desarraigo o imagen del desecho.

Radical hasta la médula, su elección es tan premeditada que está hecha en nombre de la máxima fealdad, del anticonvencionalismo estético o en la búsqueda de lo anti-gracioso. Con toda esta desesperada búsqueda de los contrarios, en este deliberado enfrentamiento con los valores establecidos, sus formas están, sin embargo, intrincadas hasta la raíz en la misma cultura que pretende destruir. Demasiado lúcido para engañarse a sí mismo con una utópica imagen de ingenuidad recobrada. De ahí que la supuesta fealdad se encuentre en el objeto encontrado en el azar. De ahí que se niegue a seguir por caminos trillados y su obra es una continua superposición de etapas divergentes.

Experimentador de nuevos materiales, reivindica lo intuitivo y lo sincero de la materia, el gesto esencial del pintor al embadurnar, atacar con sus manos el látex, el acrílico a la tela que tiene ante sí. Con un nuevo actor: el azar en una mezcla de formas y signos con toda la vehemencia que caracteriza su trabajo. La representación de lo terrible, de lo descompuesto y fraccionado en una coherencia pictórica mezcla de lo literario con lo visual.







Small informational text or label on the wall.

REPEROSOR

Small informational text or label on the wall.



Herbert Rodríguez experimentador nato en una amalgama de signos y figuras, desde sus inicios activista por la lucha de los derechos humanos, contra la injusticia y la violencia feminista realiza una excelente muestra panorámica en la galería Germán Kruger del ICPNA titulada *Inteligencia Salvaje: La contraesfera pública 1979 – 2019*.

La curaduría estuvo a cargo de Jorge Villacorta y de Yssela Ccoyllo.

Herbert Rodríguez, Lima, 1959, realiza estudios en la Escuela de Artes Plásticas de la PUCP, 1976 – 1981.

Ha presentado más de 30 exposiciones individuales. Representó al Perú en la XVII Bienal de Sao Paulo (Brasil 1983), en la I Bienal de la Habana (Cuba 1984). Participó en la II Bienal de Trujillo (1985), en la I Bienal Iberoamericana de Lima (1997) y en la IV Bienal Internacional del grabado ICPNA (2013). Fue miembro del grupo Huayco EPS (1979-1981); junto al grupo **Las Bestias** participó en el Proyecto Bestiarios (1984 – 1987) y en la escena subterránea. Realizó escenografías para el teatro, cine, conciertos de Rock. Impulsó «Arte Vida» (1989-1990) con muralizaciones en la UNMSM, PUCP y el parque Lennon como parte de la Campaña Nacional “Perú Vida y Paz”. Entre los años (1998 – 2012) fue director artístico del Centro Cultural El Averno. Su obra es objeto de revisión y estudio en el ámbito internacional, exhibiéndose en las exposiciones «Perder la forma humana» una imagen sísmica de los años ochenta



en América Latina (Museo de Arte Reina Sofía, España, 2012 y Museo de Arte en Lima 2013). En América Latina; Fotografías 1950–2013 (Fundación Cartier, París 2013, Museo Amparo de México 2014). En 2017 presentó en el ICPNA la exposición *Nadie sale vivo de aquí. Herbert Rodríguez cuatro décadas de insolencia visual 1979–2016*. El 2018 recibió la Medalla Daniel Hernández por la Escuela Nacional de Bellas Artes en reconocimiento a la trayectoria del grupo Huayco. Formó parte de la delegación peruana en ARCO madrid, 2019. Sus obras se encuentran en la colección del museo itinerante «Arte por la memoria», LUM-Museo del Lugar de la Memoria, la Tolerancia y la Inclusión Social, Museo de Arte de San Marcos, Museo de Arte de Lima, Museo de Bellas Artes de Toluca.

A inicios de este año un conjunto de sus obras ingresó a la Colección Museo Reina Sofía de Madrid, España.





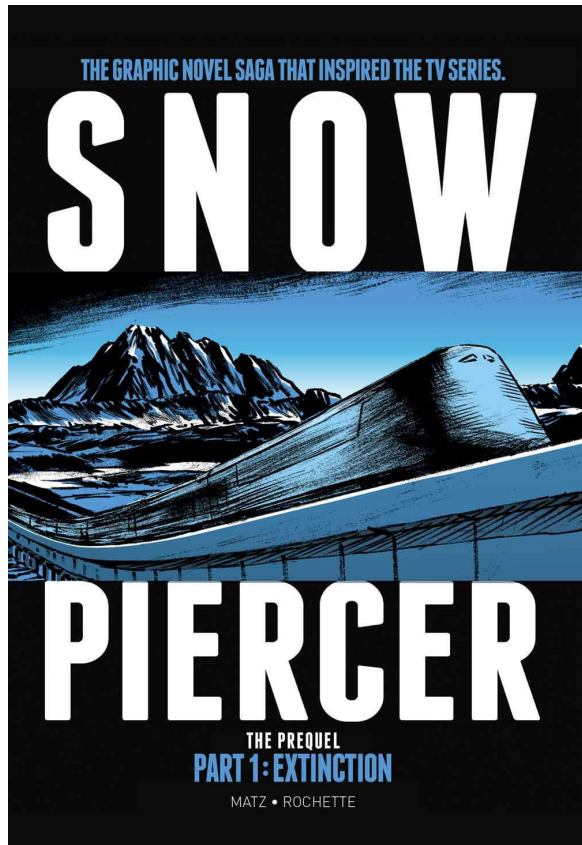
EL TRANSGLACIAL Y EL FRENO DE EMERGENCIA

Carlos Miguel Tovar Samanez

Magister en Filosofía y artista gráfico

La imagen del sistema mundial como un tren que, dividido en clases sociales, corre desbocado por el desolado paisaje de un planeta congelado y en escombros, fue publicada originalmente como novela gráfica, luego llevada al cine, y ahora es lanzada como serie de televisión. Constituye una poderosa metáfora que nos permite

explicar importantes características de la dramática situación por la que atraviesa la humanidad, y puede ayudar a entender cómo así la implantación de la jornada laboral de cuatro horas podría ser el manotazo hacia el freno de emergencia que, al decir de Walter Benjamin, es la oportunidad revolucionaria.



LA DISTOPÍA LLEGÓ

Los aficionados a las películas del género distópico deben haber tenido, como yo, la sensación de haberse metido en uno de esos filmes, cuando, en plena cuarentena de la actual pandemia, se aventuraron, nerviosos, por las calles casi desiertas de su barrio para ir a comprar algunos víveres. Daba la sensación de que un grupo de zombies podía aparecer, en cualquier momento, a la vuelta de la esquina.

Pero la distopía es mucho más que un género cinematográfico, puesto que sus orígenes están en la literatura. Jonathan Swift, Lewis Carroll y Voltaire produjeron clásicos en esta vertiente, cuya vitalidad atestiguan, hoy en día, las obras de Margaret Atwood o David Foster Wallace, por citar solo a dos. La contribución del cómic en esta materia tampoco puede soslayarse, como veremos líneas abajo.

La idea de que la distopía ya no es una ficción, sino la realidad que vivimos, avanza rápidamente en el pensamiento de nuestros días. Ignacio Ramonet, en un brillan-

te ensayo sobre la actual situación, señala que “lo que antes parecía distópico y propio de dictaduras de ciencia ficción se ha vuelto norma”. Por cierto, no es el primero en afirmar tal cosa. Marcelo Figueras ya lo dijo dos años antes: “vivimos una realidad que no puede sino haber salido de la pluma de un distopista. ¿Payasos presidentes? ¿Camiones asesinos? ¿Democracias en las cuales la mayoría decide no votar?”.

El fin del mundo tal como lo conocemos, dice el mismo Figueras, ya no se discute. La distopía se ha vuelto el género por antonomasia de nuestro naciente siglo, que se inauguró con el terrorífico atentado contra las Torres Gemelas. Una secuela interminable de catástrofes climáticas, virus desconocidos, masacres de civiles inocentes, gigantescos incendios forestales, derrames tóxicos, colapsos financieros, crisis de refugiados, y el ascenso de corrientes xenófobas y suprematistas así como de presidentes de gobierno estrafalarios y demagógicos, parece suficiente material para instalar en la mente del público la idea de que la subsistencia de nuestra especie está en alerta roja.

Con tal panorama, resulta comprensible que la gente encuentre que las ficciones distópicas sintonizan con las angustias de sus atribulados espíritus. De alguna manera, que los psicoanalistas podrán explicar, esas historias capturan nuestro interés porque nos permiten descargar sobre los protagonistas las tensiones que sufrimos nosotros en nuestra vida cotidiana.

Pero, sintonizar nuestro estado de ánimo con las historias distópicas no es lo mismo que comprender por qué las cosas marchan en ese sentido. Lejos de aclararse, el panorama mundial se vuelve cada vez más enredado para el común de la gente, y ello podría explicar el auge de las teorías de la



conspiración, el terraplanismo, el pensamiento mágico y la desconfianza frente a los diagnósticos de la ciencia.

El mundo se ha vuelto cada vez más complejo, y las explicaciones científicas se tornan, a su vez, más inaccesibles al común de las personas. Slavoj Žižek dice que se ha abierto una brecha insalvable entre la ciencia moderna y la mayoría de la gente. Estamos frustrados porque el mundo se nos hace incomprensible. La física cuántica, por ejemplo, enuncia leyes que no podemos traducir a los términos de nuestra experiencia diaria.

Cuando la vida social se vuelve demasiado complicada para que podamos entenderla, necesitamos un modelo imaginario de ella, que nos sirva como un mapa del terreno, según Terry Eagleton. “A menos que expresemos las ideas estéticamente —es decir, mitológicamente—, éstas no tienen interés para el pueblo”, dice Eagleton, siguiendo en este punto a Hegel. Las distopías tienen la virtud de construir esas imágenes estéticas que nos pueden servir como modelos para entender el mundo.

Snowpiercer, la serie de Netflix basada en la película del mismo nombre dirigida por Bong Joon Ho en 2014, (la misma que, a su vez, se basa en la novela gráfica francesa *Le Transperceneige*), constituye una poderosa metáfora de la dramática situación por la que atraviesa la humanidad, y puede servir para explicar por qué las cosas están como están.

Una desafortunada intervención de los científicos, en el afán por contrarrestar el calentamiento global, ha provocado la glaciación del planeta y la cuasi extinción de la especie humana. Los únicos que logran sobrevivir están embarcados en un tren, el *Snowpiercer* (nos tomamos la libertad de traducirlo como *El Transglacial*) que no puede detenerse, puesto que su movimiento es, a la vez, la fuente de energía que sostiene la vida al interior.

Los mil y un vagones del expreso están divididos en cuatro clases. Mientras, en los vagones delanteros, una élite de millonarios disfruta de lujosas comodidades, en los de cola habitan polizontes que entraron por la fuerza a último momento, y que

soportan condiciones paupérrimas e insalubres. Entre ambos extremos, la segunda clase alberga a profesionales, técnicos y artistas, y la tercera al proletariado, que despliega labores agrícolas, pecuarias, de limpieza y otros servicios (en los respectivos vagones que sirven como establos, piscigranjas, viveros, talleres, etc.)

El tren es obra de una iniciativa privada, cuyo propietario y mentor es un enigmático señor Wilford, que se limita a lanzar esporádicos mensajes por los altoparlantes, y nunca se deja ver. La vocería visible del gobierno del tren (una brutal dictadura) es ejercida por Melanie, bajo cuyas órdenes opera una aplastante fuerza represiva de centenares de efectivos. Los ocasionales actos de rebeldía merecen castigos que van desde la pérdida de dedos, manos o brazos enteros, hasta el total congelamiento por tiempo indefinido.

El Transglacial es, en buena cuenta, un modelo o representación metafórica del mundo, y vamos a analizar sus semejanzas con la realidad en tres aspectos: la lucha de clases, la ideología y, el más interesante de todos, que llamaremos *el mecanismo*.

LA LUCHA DE CLASES

La primera clase del tren representa al famoso 1% de la población mundial que, según informa OXFAM, acapara el 82% de la riqueza generada. No necesitamos extendernos en explicaciones sobre esta élite mundial, porque los informes al respecto abundan. El amplísimo estudio de Nicolás Piketty es el más conocido. El autor sostiene que el mundo se encamina hacia un “capitalismo patrimonial”, en cuya economía domina el poder de la riqueza heredada, detentada por una oligarquía mundial cada vez más opulenta y cada vez menos numerosa.

La Cola representa a los desplazados, desempleados, discriminados y refugiados del planeta, sobre cuya situación también abundan los informes. Para quien quiera familiarizarse con el tema, recomendamos un botón de muestra: *Desplazados*, otra serie de *Neflix*. En un gran campo de detención en Australia, cientos de inmigrantes ilegales procedentes de Irak, Irán, Afganistán y otras naciones convulsionadas por el terrorismo y las guerras, pasan meses y años esperando obtener una visa que les otorgue la permanencia legal en calidad de refugiados.

El mundo vive una crisis general de refugiados. Según Naciones Unidas, setenta millones de personas (una cantidad sin precedentes) se vieron obligadas a huir de conflictos y persecuciones a finales de 2018, y treinta millones de ellos buscaron refugio en otros países.

No necesitamos extendernos en explicaciones sobre la tercera clase, que, como dijimos, aloja al proletariado, ni sobre la segunda, donde habita y trabaja una clase media de profesionales, artistas del espectáculo y otros trabajadores calificados.

La lucha de clases aparece cuando, desde los primeros capítulos, se gesta una rebelión contra *los opresores* (así son llamados los de primera clase). Un líder llamado Layton, surgido de los vagones de cola, busca unir a su gente con los trabajadores de las clases segunda y tercera, que a su vez intentar gestar una huelga, con el fin de derrocar a Wilford y tomar el control del tren.

LA IDEOLOGÍA

El gobierno del tren es ejercido por una dictadura que, sin embargo (y como es costumbre), pretende guardar ciertas apariencias de legalidad. Un tribunal de justicia, por ejemplo, es integrado por repre-

sentantes de primera, segunda y tercera clase, y puede condenar a un personaje de primera clase por la comisión de un crimen, pero Wilford tiene la potestad de conmutar la pena por un benevolente “arresto domiciliario”.

Para una legitimación del poder opresor, nada mejor que una ideología, como dice Terry Eagleton, y *El Transglacial* está debidamente premunido de la suya. El evanescente Wilford es divinizado. Se gritan vítores y se cantan himnos en su honor, a instancias de la diligente Melanie y sus secuaces. Pero nunca se ve al endiosado líder, lo que equivale a decir que no se tiene evidencia alguna de su existencia, fuera de la voz que se escucha en los altoparlantes. Cada vez que el tren logra corregir un desperfecto o superar una instancia difícil, el éxito se atribuye al señor Wilford, así como, en nuestro mundo, los creyentes atribuyen tales cosas a «la divina providencia» o a «la infinita misericordia» de Dios.

También la máquina que impulsa al tren es revestida de atributos mágicos: se dice que es eterna, y, pese a la evidente falsedad de semejante proposición, la gente la repite, deseosa de aferrarse a ella, para evitar el horror de pensar qué sucederá cuando, como es natural, el inevitable desgaste llegue a paralizar el motor, condenando a todos a la muerte por congelamiento.

¿No es el discurso acerca de la eternidad de la máquina idéntico a aquel otro sobre el «fin de la historia» que los defensores del capitalismo siguen repitiendo? (Fukuyama es el más célebre de ellos, pero no el único ni el primero).

EL MECANISMO

Llegamos a la parte más interesante, y también más compleja, que se refiere al

mecanismo de funcionamiento, y que, como dijimos, consiste en que la energía que abastece las necesidades de los pasajeros proviene del propio movimiento del tren. Siendo así, resulta que la máquina no puede detenerse nunca. Incluso una eventual disminución de la velocidad obliga a un racionamiento de la energía. Resulta interesante que ese movimiento perpetuo, al mismo tiempo que es la fuente de supervivencia, es también el germen de su destrucción, porque el desgaste y el deterioro de la máquina no pueden sino conducir a su colapso final.

El parecido de esta situación paradójica con la contradicción que aqueja al sistema capitalista es notable. Por una parte, el capitalismo genera el desarrollo de las fuerzas productivas «más abundantes y colosales que todas las generaciones pasadas en su conjunto», como bien dijo el *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. Pero el capital, según los mismos autores, tampoco puede detenerse: «La burguesía no puede existir sin revolucionar continuamente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, todas las relaciones sociales». La situación de permanente inseguridad y movimiento es característica de la época burguesa.

Pero ese frenético movimiento, como aquel otro del tren, lleva al capitalismo a la destrucción y a la barbarie. En las crisis, dice Marx, no solo se destruye gran parte de lo producido, sino gran parte de las fuerzas productivas ya creadas.

Así como el movimiento del tren produce la energía que alimenta la vida al interior del mismo, el proceso capitalista de producción pone en acción la fuerza de trabajo, la misma que, a su vez, crea la plusvalía que alimenta al capital. Y este último, a su turno, solo puede multiplicarse si explota una y otra vez al trabajo asalariado.



¿Por qué el tren del capitalismo no puede detenerse, y debe correr desbocado, deprestando el ambiente habitable, precarizando el trabajo, desplegando la fuerza militar para someter a los discolos, y todo ello a una velocidad cada vez más vertiginosa? La razón estriba en una contradicción fundamental, una enfermedad congénita del capitalismo, la misma que fue descubierta y explicada por Marx en *El capital*: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

Enfrentados unos con otros en el mercado, los capitalistas se ven impulsados a revolucionar la tecnología para obtener ventajas competitivas. Pero resulta que, cuanto más avanza la técnica, menos interviene el trabajo humano en el proceso de producción. En otras palabras: máquinas y procesos automáticos reemplazan progresivamente las tareas que realizan las personas. Pero, como quiera que la plusvalía solo proviene del trabajo humano, resulta entonces que, al impulsar el avance de la tecnología, el capital reduce, en el proceso de producción, la participación de la sustancia nutritiva que lo mantiene con vida. La tasa de ganancia, entonces, tiende a disminuir.

El ciclo del capital, expresado en la famosa fórmula *dinero-mercancía-dinero* (D-M-D'), no es como el de una rueda, cuyas vueltas son todas iguales. Para el capital, cada rotación debe realizarse más rápido que la anterior (algo así como cuando una rueda patina en el terreno) para compensar la caída de la plusvalía. Esa falla interna del mecanismo económico empuja entonces al capital a intensificar la extracción de plusvalía, cosa que busca conseguir de varias maneras: prolongando e intensificando las jornadas de los trabajadores, precarizando el trabajo para reducir los costos laborales, expandiendo los mercados, inflando las burbujas financieras y, por supuesto, devorando insaciablemente los recursos naturales.

El tren del capitalismo, como vemos, debe ir a velocidad cada vez mayor, degradando a su paso la calidad de vida de los trabajadores, al tiempo que depreda y destruye bosques, plantas y animales, contaminando aires, ríos y mares. Todos sabemos que las pandemias que afligen a nuestra especie en las décadas recientes tienen su origen en la explotación descontrolada e incesante de la naturaleza, pero pocos se

dan cuenta de que tal depredación obedece a esa contradicción interna que padece el capitalismo, y cuyo descubrimiento fue el mayor aporte de Marx a la economía política.

Lo bueno, en medio del sombrío panorama de la distopía en que vivimos, es que existe una salida. Hoy es más cierto que nunca que la revolución, como decía Walter Benjamin, no es la locomotora de la historia, sino más bien el manotazo que necesitamos dar al freno de emergencia para detener el enloquecido tren en que viajamos.

Si bien la pandemia del coronavirus ha aplicado, de facto, un freno al sistema económico, ese freno resulta disfuncional. La velocidad del tren, para seguir con la metáfora, se ha reducido, pero, tal como ocurre en *El Transglacial*, esa reducción ocasiona un enfriamiento que tiene nefastas consecuencias para el bienestar de millones de seres humanos, porque genera desempleo, pobreza e inseguridad. Por otra parte, cuando acabe la pandemia (si acaba), el tren reanudará su marcha en las mismas condiciones –injustas e insostenibles a largo plazo– en que se encontraba anteriormente.

Necesitamos, entonces, otro tipo de freno, que tenga la virtud de reducir la velocidad al mismo tiempo que establezca condiciones sostenibles y equitativas para todos los seres humanos. La buena noticia es que ese freno existe, y podría aplicarse de manera inmediata, gratuita, pacífica y universal. Estamos hablando de la reducción de la jornada de trabajo. No se trata de una reivindicación nueva, puesto que, entre mediados del siglo XIX y principios del XX, se redujeron las jornadas laborales desde las extenuantes dieciséis horas hasta las históricas ocho. Tampoco debe temer-

se que su aplicación ocasione pérdidas a las empresas o daño alguno a la economía, como algunos predijeron en ese entonces, porque los hechos se encargaron de demostrar que los efectos de la reducción de la jornada laboral fueron positivos.

Resulta extraño, sin embargo, que, luego de la conquista universal de las ocho horas en 1919, se haya abandonado el tema, en lugar de continuar reduciendo las jornadas en proporción al incremento de la productividad. Tan temprano como en 1932, Bertrand Russell, en su famoso opúsculo *Elogio del ocio*, estimaba que ya se había alcanzado una productividad suficiente para reducir las jornadas a cuatro horas diarias. John Maynard Keynes, por su parte, calculó que, para 2030, el aumento de productividad permitiría implantar una jornada de tres horas diarias.

Hoy en día, varios autores coinciden en que una reducción radical de la jornada laboral aportaría innumerables beneficios a la humanidad. Quien esto escribe ha sostenido ese punto de vista desde 2002, y ha abundado en la materia en trabajos posteriores. En 2010, la Fundación para la Nueva Economía lanzó, desde Londres, un manifiesto proponiendo una semana laboral de 21 horas para enfrentar un conjunto de problema interrelacionados, como son el exceso de trabajo, el desempleo, el consumo excesivo, las emisiones de gases contaminantes, la desigualdad social y, sobre todo, la falta de tiempo para disfrutar de la vida.

La filósofa feminista Frigga Haug también encuentra que la reducción de la jornada es económicamente factible y tiene múltiples beneficios: soluciona el desempleo; permite compartir actividades laborales y familiares de manera equitativa entre hombres y mujeres y, especialmente,



permite la participación política y el desarrollo de los potenciales humanos, así como el aprendizaje de por vida. Todavía más enfático respecto de las bondades de la propuesta es el joven pensador holandés Rutger Bregman. Para él, la pregunta no es «¿qué problemas se solucionarían trabajando menos?», sino, por el contrario «¿cuáles *no* se resolverían?», y pasa a enumerar los beneficios: menos estrés; reducir las emisiones de carbono a la mitad; menos accidentes industriales y de tránsito; eliminación del desempleo; igualdad para hombres y mujeres en el trabajo doméstico y en el trabajo remunerado y, finalmente, mejor distribución de la riqueza. Bregman propone una jornada semanal de quince horas.

Ante una cantidad tan apabullante de argumentos, no faltará quien diga «es una idea muy buena, pero difícil de llevar a la práctica». Para Bregman, se trata, en efecto, de una utopía, pero *para realistas*,

porque, tal como van las cosas, la pregunta correcta no es «qué tan difícil de realizar es la propuesta», sino «qué pasará si no la llevamos a la práctica». Y la respuesta es obvia: seguiremos embarcados en el desquiciado tren del capitalismo, padeceremos nuevas y más letales pandemias, colapsos financieros, desempleo y violencia social a niveles exponenciales, catástrofes climáticas cada vez peores, todo ello con la escalada de la xenofobia, el racismo, el negacionismo y el deterioro generalizados de los lazos sociales. Por otra parte, ¿por qué habría de ser poco realista algo que ya se hizo, repetidas veces, entre el siglo XIX y principios del XX, como dijimos líneas arriba? Quien quiera presumir de realista, mostrándose escéptico ante esta propuesta es, en realidad, quien está fuera de la realidad. Como dice el sociólogo Robert Kurz, «cuando los locos son mayoría, la locura se convierte en un deber del ciudadano».



EL HUMANISMO DE WALTER PEÑALOZA

Gustavo Villar

Profesor universitario

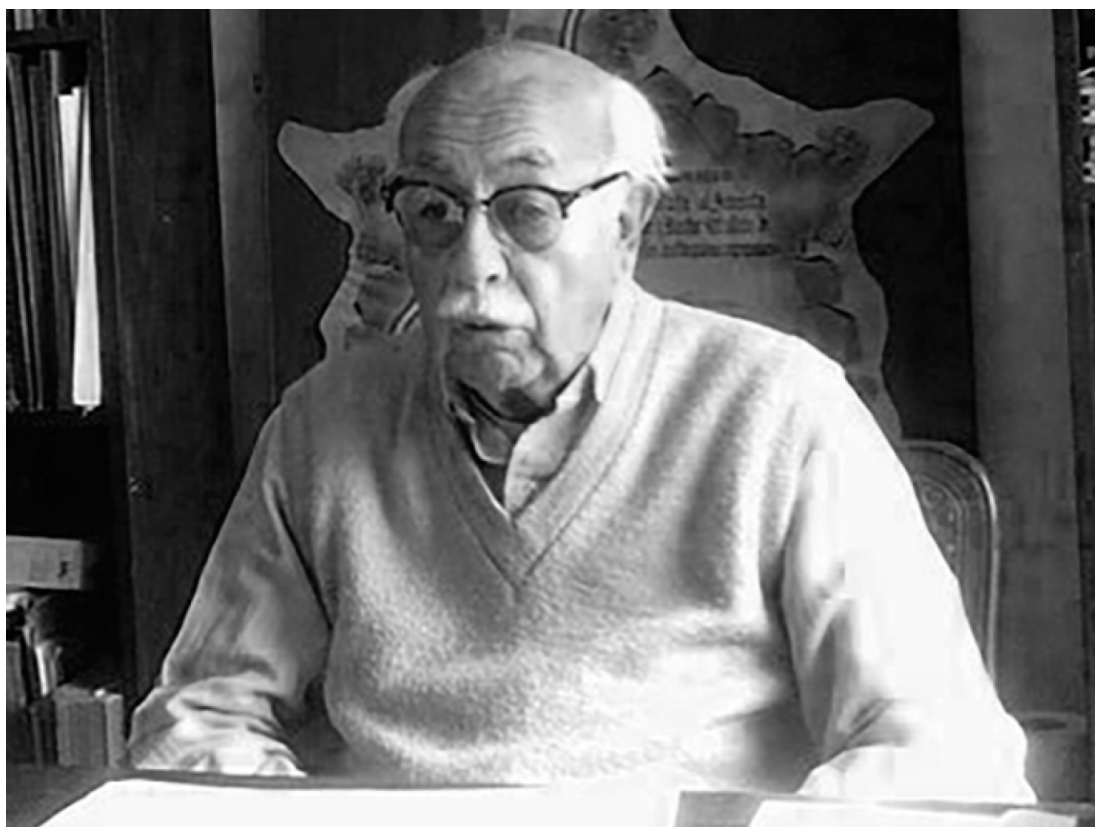
Se lamentaba Peñaloza del giro que Raúl Gonzáles Moreyra pretendió imprimir a la reforma educativa a través de INIDE en la que aquel participó en los 70. El conductismo que quería implementar Gonzáles en la formación docente iba en contra del espíritu de la reforma. Peñaloza al igual que Augusto Salazar Bondy y los demás miembros de la comisión de la reforma concebían la educación como formación de la conciencia y el conductismo negaba la conciencia. Para los primeros la educación tenía que ver con los valores, la libertad y la autonomía, lo que para Skinner y los conductistas carecía de significado (Peñaloza, Augusto Salazar Bondy y la Reforma de la Educación, 2002).

En un debate posterior Peñaloza cuestionaba el reduccionismo de concebir que todo propósito educativo se expresara en términos de competencias. Le parecía absurdo pretender que un estudiante sea competente en fe, responsabilidad o dignidad. Criticaba el dogmatismo y la unilateralidad implícitos en estos planteamientos. Para Peñaloza “las competencias no pueden –y no deben– considerarse como la única finalidad de la educación” (Peñaloza, Los propósitos de la educación, 2003, p. 10). Postulaba frente a ello cuatro propósitos educativos: conocimientos, competencias (factuales, comunicacionales y sociales), actitudes y vivencias valorativas. Siempre en la perspectiva de la formación plena del ser humano.

En cuanto al constructivismo, Peñaloza cuestiona, entre otras cosas, su énfasis excesivo en el conocimiento: “El constructivismo (...) propugna principios como los siguientes: el conocimiento se construye por el sujeto, el nuevo conocimiento no proviene del exterior, sino se configura a partir de ideas previas, el conocimiento nuevo actúa sobre el antiguo, reestructurándolo, el conocimiento adquirido será previo para conocimientos futuros...Adviértase, la intensidad del acento puesto en los conocimientos” (Peñaloza, 2003, p. 185). Peñaloza era plenamente consciente del papel que cumple el conocimiento en la sociedad contemporánea, pero rechazaba que la educación se concentre monóticamente en este objetivo.

El lema creado por Benvenuto, colaborador de Peñaloza: *Hominen uti hominen educare oportet* (Educar al hombre en todo cuanto tiene de humano) sintetiza la concepción educativa y antropológica de Walter Peñaloza, su posición humanista, desde la cual enfrentaba al conductismo y al constructivismo. Su oposición al reduccionismo de ambos enfoques parte de esta aspiración: lograr un desarrollo pleno de todas las potencialidades humanas.

Pero también encontramos, en su crítica a los defensores de estos enfoques, un cuestionamiento a su forma colonizada de pensar y actuar frente a los problemas de la educación nacional. Peñaloza, al igual



que Augusto Salazar Bondy y Emilio Barrantes tenían muy claro que debía combatirse esa cultura de la sumisión.

Lo señala claramente cuando dice: “Entré así en abierta pugna con los diseminadores de la visión conductista, que por fortuna concitaba la resistencia de la mayor parte de los maestros en la república, pues los atosigaba con sus fórmulas estereotipadas” (Peñaloza, 2002, p. 6). Y también cuando frente al enfoque en torno a las competencias criticaba:

(...) el establecimiento de un Bachillerato dentro de la visión de un movimiento económico basado en la cibernética, en la producción robótica, en la disminución del obrero manual, en la fabricación de bienes para nichos selectos de los consumidores, cosas ajenas a la realidad del Perú, y que ni siquiera es dominante en Lima. Es decir, se planteaba un tipo de educación para una realidad ajena al Perú (Peñaloza, 2003, p.12).

Al igual que el grupo de intelectuales de la reforma educativa de los 70, cuestionaba

la dominación y la actitud dependiente: “Yo creía en la marginación que los grupos dominantes hacían en el interior de nuestro país, y creía que, en lo exterior, si bien existía dominación de parte de los países del Norte, lo importante era el espíritu de sumisión de nuestros grupos dirigentes” (Peñaloza, 2002, p. 3). Peñaloza valoraba esta coincidencia en las convicciones de los integrantes de la comisión: “... un grupo brillante de gente que entró a hacer una reforma de educación sin pensar en modelos, sin pensar en formas hechas en otro país, simplemente mirando la realidad del Perú y tratando de resolver los problemas peruanos y pensando en hacer cambios que fueran necesarios y que respondieran a la realidad peruana...” (Casavilca, Pozú y Vílchez, *El color de La Cantuta: vida y obra del doctor Walter Peñaloza Ramella*, 2005, p. 184).

Es importante destacar los méritos de este humanismo de Peñaloza, que se encuentra implícito en sus reflexiones educativas, pues se trata de una contribución valiosa para la construcción de una educación nacional, que conciba la formación del hom-

bre concreto a partir de la realidad, de sus condiciones de existencia, y en lucha con la dominación externa y la dependencia colonizada de nuestra clase dirigente. Todos ellos, elementos importantes de cualquier proyecto educativo auténticamente nacional y emancipador.

Hay dos componentes progresistas en el humanismo de Peñaloza que destacaré y que quedan claramente evidenciados en sus múltiples publicaciones. En primer lugar, la propuesta de formación del *hombre integral*, contrapuesta a la formación parcializada, tubular, sesgada; es decir, contraria a aquella que reduce la educación al condicionamiento de conductas o a la exclusiva formación de conocimientos o competencias, además, estas últimas, mal comprendidas o con distorsiones. Y, en segundo lugar, la propuesta de formación del *hombre concreto*, es decir, comprendido en su contexto social y cultural, alejado de cualquier planteamiento descontextualizado, extranjerizante y colonizado.

El primer aspecto (hombre integral) ha sido sustentado ampliamente por Peñaloza, sobre todo en su libro *El currículo integral*. En relación al segundo aspecto (hombre concreto), podemos encontrar ideas claves en la forma como concibió el proceso de la reforma educativa del 70 en diversos artículos y entrevistas. Por ejemplo, son interesantes sus planteamientos acerca de la necesidad de la educación inicial en el Perú:

En nuestro país, de grandes mayorías empobrecidas y sin recursos, la educación de los niños no podía comenzar a los 7 años, como en Europa o en Estados Unidos, porque ya era demasiado tarde. Se imponía, por consiguiente, una educación mucho más temprana, a fin de impedir que la marginación y la ausencia de estímulos siguiera afectando gravemente a los niños. (Peñaloza, 2002, p.4)

Es decir, no se trata aquí de sustentar la educación del hombre basada en la endémica tendencia imitativa de estar a tono con lo que se hace en el primer mundo, ni de importar acríticamente las lecciones de especialistas difundidas desde las pedagogías hegemónicas de occidente. Se trata de leer las necesidades del país como condición indispensable para resolverlas. Se trata de formar al niño y al hombre desde su concreción marginal, excluida, empobrecida, pero al mismo tiempo, sin renunciar a la posibilidad de su integralidad.

En el mismo sentido podemos valorar sus propuestas en torno a la ESEP (Escuela Superior de Educación Profesional) que se instituyó en los años 70: “Eran tres años después de la educación básica de nueve años para que el alumno en esos tres años adquiriera una carrera corta, de manera que el muchacho tenga una carrera corta que le permita trabajar” (Casavilca, Pozú y Vílchez, 2005, p. 146). La preocupación de Peñaloza era evitar que miles de jóvenes que no lograran ingresar a la universidad pudieran afrontar los problemas de desempleo y subempleo. Tenía muy claro, que el proceso de formación del hombre debía estar asentado en su realidad concreta: “Cada una de las cosas que he realizado y planteado son respuestas a una realidad, es decir una elaboración teórica nacida de los hechos y de la problemática de nuestra sociedad” (Casavilca, Pozú y Vílchez, 2005, p. 147).

Igualmente, en su rol como impulsor y gestor de la formación de docentes en la UNE (La Cantuta), en sus propuestas acerca del papel de los Estudios Generales y en su defensa de la dignidad del magisterio, podemos encontrar esta convicción de concebir el proceso educativo a partir de la realidad del país, de las necesidades y las luchas de sus protagonistas. En ese sentido se refería Peñaloza a la gestación

de la propuesta de formación integral en la UNE, cuando afirmaba que: “la idea de currículo integral nació poco a poco, al calor de la lucha de docentes, estudiantes y la comunidad local” (Mendo, Significado del currículo integral según Walter Peñaloza, documento inédito, 2015, p. 6).

Puede resultar difícil de comprender la presencia de estos elementos progresistas en el humanismo y el accionar de Peñaloza si solo nos atenemos al análisis de sus textos filosóficos de juventud, que lo revelan adherido al humanismo cristiano y cercano a la filosofía analítica y la fenomenología. Una concepción conservadora, universalista y abstracta del hombre hubiese sido la conclusión más obvia. Por eso, en un intento de comprender esta aparente disonancia, afirma Mendo que Peñaloza no era un “husserliano de fábrica”, sino un “husserliano humanista” toda vez que la aplicación de estas concepciones en educación y en currículo “...estuvo mediada por la personalidad de Peñaloza (...), su respeto indeclinable a la persona humana, su culto incondicional a la libertad y a la democracia...” (Mendo, 2015, p. 19)

Con relación a los escritos filosóficos del joven Peñaloza, señalaba Sobrevilla (Repensando la tradición nacional I: estudios sobre la filosofía reciente en el Perú, 1989) que este no desarrolló una filosofía propia con respecto a la teoría del conocimiento, pues sus escritos fueron más de carácter histórico e interpretativo; aunque es evidente su afinidad con Kant, Husserl y filósofos helénicos como Platón y Aristóteles. Asimismo, en cuanto a sus concepciones antropológicas, luego de analizar su *Introducción al humanismo*, concluye Sobrevilla que defendía un humanismo cristiano, al que también denomina humanismo integral.

Por su parte, Mendo (2015) afirma que existe un trasfondo fenomenológico en las

ideas de Peñaloza, no solo en sus obras de juventud sino también en las de madurez. Dichas adherencias filosóficas se apreciarían en *El currículo integral* en donde el conocimiento, dice Mendo, sería concebido de forma subjetiva, individualista y ahistórica. No obstante, el propio Mendo reconoce la importancia pedagógica de la crítica de Peñaloza al intelectualismo y memorismo que caracterizan los programas académicos de formación profesional universitaria, a los que contrapone un currículo que, en cuanto a la dimensión cognoscitiva, permita alcanzar un auténtico conocimiento, es decir, aquel en donde el conocimiento sea resultante, tanto de la comprensión conceptual de las ideas como de la experiencia vivencial. Pero, dicho currículo no ha de estar compuesto solo de conocimientos sino también de una vinculación con el ejercicio profesional. Es decir, no solo *episteme*, sino *epitedeuma*.

Sin dejar de considerar lo planteado por estos autores, cuando apreciamos los elementos antropológicos de la obra pedagógica madura de Peñaloza, encontramos en su humanismo los elementos progresistas que señalamos líneas arriba, que lo aproximan a una concepción del hombre concreto e integral y en clara contraposición al colonialismo supérstite en educación, parafraseando a Mariátegui. Encontramos también rasgos de un humanismo anti hegemónico.

Estos rasgos podemos apreciarlos en su forma de concebir la educación como humanización, socialización y culturación (Peñaloza, *El currículo integral*, 2005). Creo que cada uno de estos elementos está concebido no como parte de una doctrina trascendentalista y abstracta acerca del ser humano, sino por el contrario, está concebida mirando la realidad de la niñez y la juventud en el Perú y América Latina; está pensado desde una utopía educativa a

contracorriente de la enajenación, la unilateralidad y la exclusión.

La hominización implica el desarrollo de las múltiples capacidades humanas. Por ello, Peñaloza es un crítico feroz de las propuestas unilaterales como aquellas que mecanizan al niño convirtiéndolo en un “pequeño robot” (Mazzi, Cultura, culturación y educación: Entrevista a Walter Peñaloza Ramella, 2008, p. 9), posición que recuerda, salvando las distancias, la crítica de Marx a la deshumanización en el capitalismo, que convierte al obrero en un “monstruo tullido” y en una pieza de la maquinaria productiva (Fromm, Marx y su concepto del hombre, 1970). En ambos casos mencionados, el niño y el hombre, deshumanizados, enajenados, cosificados. Uno en la escuela, el otro en la fábrica. Sin ser cercano al marxismo, Peñaloza defiende una propuesta educativa de formación integral, como aspiración necesaria y legítima frente a una realidad que cercena las potencialidades humanas. Esto se evidencia también cuando Peñaloza afirma que tanto el *mal intelectualismo* (que fomenta el memorismo) como el *buen intelectualismo* (que cree terminada la tarea educativa cuando se formen procesos superiores de pensamiento) son insuficientes y unilaterales (Mazzi, 2008).

Grandes humanistas han sido muy coincidentes con estos planteamientos. Por ejemplo, Ortega y Gasset (Misión de la universidad, 2001) se refería al “nuevo bárbaro” cuando criticaba a las universidades formadoras de especialistas, sabios en su profesión, pero ignorantes e incapaces de comprender su época. Marcuse (El hombre unidimensional, 1993) llamaba “hombre con el encefalograma plano” al hombre unidimensional, formateado con un pensamiento único que lo adoctrina y homogeniza. Mariátegui (Temas de Educación, 2001) criticaba a los catedráticos

conservadores como hombres tubulares, incapaces de salir de los estrechos marcos de sus asignaturas, a los que contraponía los hombres panorámicos. Bertolt Brecht dedicó un feroz poema al analfabeto político quien se ufana de su apoliticismo, siendo cómplice con ello del hambre y la corrupción.

Creo que Peñaloza coincide con este espíritu en su insistencia por comprender la educación como hominización, como formación integral del ser humano. Recordemos que los intelectuales de la reforma educativa del 70 fueron coincidentes con las ideas humanistas de Freire y su pedagogía del oprimido, con la teología y la filosofía de la liberación, con las teorías de la dominación y la dependencia, con la idea del hombre nuevo. Hay en la época de la reforma educativa (años 70) importantes acontecimientos históricos en el mundo y América Latina, así como una indignante miseria, marginación, pobreza y desigualdad en nuestros países, que ponían sobre la agenda el problema de la deshumanización del hombre, principalmente de las grandes mayorías.

El segundo componente de su forma de comprender la educación es la socialización. El hombre debe integrarse al grupo social y de esa forma potenciar su desarrollo biológico, afectivo e intelectual. Señala Peñaloza que eso no sucede en el Perú porque nuestra sociedad es excluyente y no garantiza el desarrollo pleno para todos. Le preocupaban a Peñaloza la privación social y económica de los niños de zonas marginales y rurales; sus condiciones tan limitadas, la carencia de estímulos, la violencia a la que están sujetos; pues estos factores distorsionan la vida psíquica e intelectual de los niños y aún su condición biológica (Peñaloza, 2005).

Finalmente, la educación debe ser culturación, es decir, un proceso progresivo



De Chirico. *El hijo pródigo*

de adhesión e identificación de la persona con su cultura. Contraponía a esto la aculturación, la imposición cultural externa que genera rechazo y vergüenza por la propia cultura. Peñaloza usaba este término en el mismo sentido que Arguedas cuando escribía *No soy un aculturado*. Criticaba Peñaloza el escaso énfasis de las pedagogías contemporáneas en los procesos de culturación, con excepción del enfoque vigotskiano, al que le reconocía el mérito de comprender la educación como un proceso de interiorización de la cultura con la mediación del docente. Peñaloza es consciente de la importancia de este proceso de culturación en un país que tenía y tiene la más alta tasa de comportamientos discriminatorios, un racismo históricamente muy acendrado. Es una tragedia histórica, en los países de América Latina donde se tienen, desde sus orígenes, estructuras racializadas de poder como lo señalara Aníbal Quijano (*Colonialidad del poder y clasificación social*, 2000).

Es muy esclarecedora la conclusión a la que llega Peñaloza cuando analiza con esta concepción de educación (hominización, socialización y culturación), en qué medida el sistema educativo del Perú y América Latina educa o deseduca al hombre:

En materia educativa seguimos viviendo en nuestros países sin mirar a las grandes mayorías. Ellas parecen no existir para nosotros (...). Nuestros sistemas educacionales y nuestros currículos ignoran a la inmensa población marginada, empobrecida. Tenemos que arrancarnos estos ojos ciegos y hacer currículos que partan de nuestra trágica realidad social, que respeten las culturas existentes (...). Educar es formar hombres, no peones o mano de obra barata” (Peñaloza, 2005, p. 148).

En *La educación del hombre nuevo*, Augusto Salazar Bondy, propone que se debe formar en las personas criticidad, creatividad y cooperación. Otra triada interesante desde la perspectiva de las necesidades de la educación nacional, pues la criticidad nos desalienta, la creatividad nos aleja de la dependencia y la cooperación se contraponen al individualismo. Tres males nacionales estructurales que aún estamos lejos de superar.

El humanismo de Salazar Bondy al igual que el de Peñaloza se nutren de este espíritu nacional y anti hegemónico. Aún con sus diferencias, Salazar avanza de una *filosofía de la dominación* a una *filosofía de la liberación* (Sobrevilla, 1989), y el humanismo de Peñaloza avanza en ese mismo sentido, formando parte de ese proceso histórico de pensar con autonomía la educación nacional. Tiene, en ese sentido, el valor de fortalecer y contribuir con el desarrollo de un proceso educativo emancipador.



La colonialidad/ descolonialidad de las estructuras del saber/ conocer en la universidad del siglo XXI

César Germaná

Profesor universitario

Nos encontramos en un periodo crucial del derrumbe del patrón de poder colonial/moderno. La universidad no es inmune a esta crisis y se está transformando tanto en el ámbito intersubjetivo –las estructuras de saber/conocer– como en el ámbito institucional. El debate sobre la situación de la universidad se ha centrado –en la gran mayoría de propuestas– en diversos problemas de la gestión universitaria que buscan hacer más eficiente su administración con el objetivo de mejorar su rendimiento. Entre estos problemas se pueden mencionar: la relación entre postulantes e ingresantes, el número de alumnos por profesor, el balance entre ingresantes y graduados, el desempeño laboral de los titulados, el número de artículos en revistas indexadas, el lugar que se ocupa en los rankings internacionales, el tipo de infraestructura, la utilización del presupuesto, la rentabilidad de la inversión (en el caso de universidades con fines de lucro). Todos estos aspectos pueden ser medidos y evaluados en términos cuantitativos. Sin embargo, se deja de lado uno de los aspectos centrales del quehacer

universitario: la formación académica de los futuros profesionales. El objetivo del presente ensayo está dirigido a explorar los problemas vinculados con las estructuras de saber/conocer con las que son formados los estudiantes universitarios. Para ello, es necesario tener como punto de partida cuatro supuestos.

1. Cuatro supuestos

El primero es el principio que sostiene la determinación social del conocimiento; esto es, la idea de que todo conocimiento está geopolíticamente situado.

El segundo supuesto consiste en la consideración de que detrás de toda disciplina existe una configuración epistemológica que la hace posible como lo explicaba Michel Foucault (Foucault, 1981: 354). Esta configuración epistemológica está dada por un modelo de racionalidad, que corresponde a un determinado sistema sociohistórico, en donde se establecen los códigos básicos de toda forma de pensamiento.

El tercer supuesto se refiere a las complejas relaciones entre saber y poder. El poder atraviesa y organiza todas las relaciones sociales, incluyendo las relaciones intersubjetivas que tienen que ver con las maneras de conocer y con los conocimientos producidos. El poder necesita del saber y el saber requiere del poder, como lo señalaba M. Foucault.

Finalmente el cuarto supuesto, sobre el que se basa mi examen de la universidad, es el de la colonialidad del saber. Colonialidad del poder es una noción propuesta por Aníbal Quijano para dar cuenta del proceso de racialización de las relaciones sociales que surge con la conquista ibérica

de los pueblos del continente que posteriormente se llamará América. La colonialidad ha producido la transmutación de las condiciones de dominación –un hecho social– en jerarquías biológicas; esto es, en relaciones raciales. Con la colonialidad del saber el eurocentrismo, se impone en el entero patrón de poder colonial/moderno como la única forma legítima de racionalidad, en particular la forma de producir conocimientos (Quijano, 2000).

2. Universidad y poder

La naturaleza de la universidad, como la de todo fenómeno social, está definida por la trama de relaciones sociales –que

David Alfaro Siqueiros. *Manos extendidas*



son relaciones de poder, es decir, relaciones de dominación y de conflicto— dentro de las cuales se desenvuelve. De allí que la situación y las tendencias que se producen en el conjunto del tejido social constituye el punto de partida del debate y la investigación sobre universidad, tanto en sus aspectos materiales como intersubjetivos. El conocimiento que se produce y se transmite en la universidad forma parte de los conflictos presentes en el tramado de relaciones sociales que constituyen un determinado sistema histórico.

El desempeño histórico de las universidades de América Latina ha sido paralelo al de la estructura de poder vigente —la Iglesia, el Estado, el Mercado— en los diversos periodos:

- a) En el periodo colonial, la universidad formaba a los clérigos y a la élite ilustrada; y, además, tuvo como objetivo la colonización del imaginario de la población originaria.
- b) En la época republicana, la universidad se mantuvo leal a los intereses de la oligarquía dominante, constituyéndose en parte del ejercicio patrimonial del poder.
- c) En gran parte del siglo XX, con el movimiento de la reforma universitaria, que posibilitó y fue consecuencia de una relativa democratización del poder, se fue estableciendo la universidad colonial/moderna.
- d) En las últimas tres décadas, la universidad tiende a ser modelada por las necesidades y exigencias del mercado.

La universidad que surgió en los inicios del siglo XIX ha constituido un elemento fundamental del patrón de poder colonial/moderno. La universidad moderna es un producto de la Ilustración. Por este motivo la universidad moderna fue definida por Immanuel Kant —en *El conflicto*

de las facultades (1794)— como el “lugar de la razón”. Se trataba del modelo de racionalidad de la modernidad que nació en el siglo XVI. Implicaba tres principios fundamentales (simplificación, estabilidad y objetividad) que constituyen la configuración epistemológica que se encuentra en la base de la forma de saber y de conocer de la modernidad.

Este modelo de razón de la modernidad —razón instrumental orientada al éxito según el cálculo de medios y fines— se convirtió en un modelo de racionalidad totalitario, pues excluye y subalterniza toda forma de conocimiento que no se produce de acuerdo a su específica configuración epistemológica. La hegemonía de las estructuras de saber eurocéntricas se logra a través de su implantación en las ciencias naturales y las ciencias sociales, cuyo programa es el desencantamiento del mundo, lo que significa la liquidación de las imágenes mágicas y míticas del mundo. La universidad ha funcionado como el mecanismo más eficaz en esta tarea de la modernidad.

La modernidad de la universidad significó la racionalización instrumental de las estructuras del saber/conocer, basadas en la epistemología cartesiana de la simplificación y en el modelo newtoniano de la estabilidad; y en la institucionalización de la organización disciplinaria del conocimiento en las universidades. Y la colonialidad se caracterizó por la hegemonía del saber eurocéntrico, considerado como el único legítimo, y la subalternización y la exclusión de los saberes de los pueblos que habían sido colonizados.

Para acometer esta empresa, la universidad se reorganiza profundamente a partir del siglo XIX en Europa y en el siglo XX en América Latina, como resultado del movimiento de la reforma universitaria. La universidad moderna racionaliza

su estructura académico-administrativa y su manera de producir conocimientos y transmitirlos. La organización académica de la universidad estará dada por los departamentos, donde cada departamento corresponde a una disciplina específica. Como señala Peter Burke “el siglo XVI asistió a un movimiento ‘disciplinario’ (los alemanes hablaban de *Disziplinierung*) en las escuelas, las universidades y las iglesias”. Pero lo más novedoso de ese proceso –continúa este historiador– ocurrió alrededor del año 1800 cuando “no fue tanto la idea de una disciplina cuanto su institucionalización en forma de ‘departamentos’ (término utilizado por primera vez en inglés en 1832, según el *Oxford English Dictionary*) académicos” (Burke, 2002: 122).

Con Francis Bacon (1561-1626) –punto de partida de la filosofía experimental –se precisa el tipo de conocimiento que debe impartir la universidad y que se basa en el modelo de racionalidad que dominará la modernidad. No se trata ya del conocimiento por el conocimiento que permite un disfrute del espíritu sino de un conocimiento que sea útil, práctico. El conocimiento es sinónimo del poder. Como escribe Bacon «El verdadero fin y la función de la ciencia» residen no «en discursos plausibles, divertidos, memorables o llenos de efecto, o en supuestos argumentos evidentes, sino en el obrar y trabajar, y en el descubrimiento de datos hasta ahora desconocidos para un mejor equipamiento y ayuda en la vida» (citado por M. Horkheimer y Th. Adorno, 1998: 61).

3. La crisis de la universidad moderna/colonial

El modelo de universidad moderna/colonial entró en un periodo de crisis hacia mediados de los años 1970. La crisis de la

universidad moderna es también la crisis del modelo de racionalidad que surgió en el siglo XVI y que funda la configuración epistemológica del saber hegemónico en el patrón de poder colonial/moderno. La crisis significa reorganización y transición. Cuando un sistema ya no puede procesar los problemas que se le plantean llega a un punto de bifurcación y se abre un periodo caótico de transición hacia otro u otros sistemas que permitan resolverlos. Al modelo de racionalidad moderna se le han planteado desafíos que no ha podido resolver y se ha abierto el periodo de transición en el que nos encontramos. Esta crisis hace parte de la erosión del patrón de poder moderno/colonial que había dominado el planeta en los últimos quinientos años¹. En este periodo el mundo de las relaciones intersubjetivas se han comenzado a reorganizar profundamente, en particular las estructuras de saber/conocer y las instituciones que las producen y las reproducen, entre ellas la universidad.

Se puede señalar cuatro perspectivas de análisis que apuntan al cuestionamiento de las estructuras del saber eurocéntrico.

La primera se encuentra en la epistemología de la complejidad y su corolario, la unificación del saber.

La segunda perspectiva está dada por la teoría del caos como teoría de los sistemas alejados del equilibrio.

La tercera perspectiva está centrada en la consideración del conocimiento como un proceso intersubjetivo.

La cuarta perspectiva de análisis proviene de la emergencia de las estructuras de saber/conocer de los pueblos indígenas y afrodescendientes.

4. Alternativas frente a la crisis de la universidad colonial/moderna

En estas condiciones, la universidad del siglo XXI aparece como un espacio abierto para el establecimiento de otras perspectivas de conocimiento, diferentes a las que surgieron con el modelo de racionalidad instrumental desde el siglo XVI. El campo universitario emerge como un lugar de disputa entre diversos modelos de racionalidad que buscan imponerse como hegemónicos. Considero que existen cuatro perspectivas principales que quieren imponer la forma legítima de producir conocimientos válidos y transmitirlos.

La primera perspectiva tiene dos vertientes que buscan mantener el modelo de racionalidad de la modernidad. Una propone conservar e incluso radicalizar el modelo de racionalidad instrumental haciendo a la universidad funcional a la lógica del capitalismo cognitivo y se cristaliza en el modelo neoliberal de universidad. La otra vertiente busca continuar, renovándolo y profundizándolo, el modelo de racionalidad de la Ilustración y se concreta en el modelo neodesarrollista de universidad.

La segunda perspectiva en la disputa por la hegemonía en la producción del conocimiento válido es la del posmodernismo. Su relativismo escéptico lo lleva a negar la posibilidad de que exista un conocimiento racional puesto que todas son interpretaciones. Si bien no existe un modelo de universidad posmoderna se pueden identificar ciertas tendencias que buscan cuestionar el conocimiento científico y por lo tanto persiguen desacreditar la utilidad de la investigación científica.

Una tercera tendencia, embrionaria y heterogénea, busca mantener la razón pero eliminando las consecuencias totalitarias de la razón instrumental. Se puede ver cristalizada esta búsqueda en la propuesta

de una universidad intercultural²; es decir, el establecimiento de un espacio de saber en dónde dialoguen en igualdad de condiciones las diversas tradiciones culturales, tanto las que han sido hegemónicas en el patrón de poder moderno/colonial, como las perspectivas de conocimiento que habían sido reprimidas o excluidas por este patrón de dominación social. Se trata del principio de la “ecología de saberes” que propone Boaventura de Sousa Santos, el que “consiste en la promoción de diálogos entre el saber científico y humanístico que la universidad produce y los saberes legos, populares, tradicionales, urbanos, campesinos, provincianos, de culturas no occidentales (indígenas de origen africano, oriental, etc.) que circulan en la sociedad” (Santos, 2005: 57).

En conclusión, la universidad del siglo XXI emerge como un campo del saber donde se está produciendo una disputa entre los diversos modelos de racionalidad que buscan modelar el quehacer académico tanto en el ámbito de la producción y transmisión de conocimiento como en lo tocante a su estructura académica. En consecuencia, ya no se trata tanto del conflicto de las facultades —como señalaba Kant en 1794— sino de un conflicto entre las diversas racionalidades.

Notas

¹ Sobre la crisis sistémica del patrón de poder moderno/colonial, véanse: Wallerstein, 1998, cap. 2 y Wallerstein, 2005, cap. V.

² Como bien señala Catherine Walsh, la interculturalidad crítica es un proyecto que cuestiona radicalmente la colonialidad del poder: “Al pensar y usar la interculturalidad epistémicamente, los movimientos indígena y afroecuatoriano están desafiando y reinventando interpretaciones que, en su uso dominante, carecen de dimensión política y pretenden ocultar la colonialidad del poder. Es un esfuerzo



David Alfaro Siqueiros. *El espíritu de Occidente*

de deconstruir y reconstruir críticamente el significado del término presentándolo como espacio, negociación, relación y pensamiento fronterizo. En este espacio fronterizo de relación y negociación se construyen y emergen nuevos conocimientos, sentidos, prácticas y acciones que desafían el poder-saber dominante y empiezan a filtrarse en él. Por eso, podemos hablar de un accionar epistémico, es decir, de un interculturalizar epistémico que construye nuevos criterios de razón y verdad (epistemes) y nuevas condiciones de saber que no pueden ser catalogadas estáticamente, y cuyos impactos y efectos están empezando a extenderse más allá de la esfera política. Se refiere a esos procesos y actividades del pensar que, como sus pensadores, se mueven entre lo local y lo global, entre el pasado (reinventado) y el presente, y como movimiento étnico, social y político de oposición, entre varias especialidades y frentes” (Walsh, 2012: 51-52).

Referencias

- Burke, P.** (2002), *Historia social del conocimiento. De Gutenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós.
- Foucault, M.** (1981), *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, México, Siglo XXI.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th.** (1998), *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta.
- Kant, I.** (2003), *El conflicto de las facultades [1794]*, Madrid, Alianza.
- Quijano, A.** (2000), “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en: E. Lander (Comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.
- Santos, B.** (2005), *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la universidad*, Buenos Aires, Libros del LPP.
- Walsh, C.** (2012), *Interculturalidad crítica y (de) colonialidad. Ensayos desde Abya Yala*, Quito, Abya Yala.



Elecciones en tiempos del COVID-19: trampas, dilemas y esperanzas

Diego Motta

Analista político

Las elecciones del 11 de abril del 2021 pasarán a la historia como una de las más extrañas. Incertidumbre, desilusión y dispersión son ya algunas de sus características. La tendencia indica que el porcentaje de ausentismo y de voto viciado o en blanco va en aumento en los últimos años. ¿Por qué tendría que ser distinto esta vez? Hay un descrédito acumulado respecto a la llamada institucionalidad y sus procesos. La corrupción, la indolencia y la incapacidad frente a la crisis actual abonan en ese sentido.

¿Cómo está el escenario electoral?

El proceso electoral *ad portas* se presenta bajo un contexto excepcional:

a) Somos el país con mayor porcentaje de muertos por covid-19 y el más golpeado económicamente en la región. Una crisis brutal que antes de generar una respuesta contestataria en el campo popular, orgánica y sostenida, viene empujando al pueblo, en el mejor de los casos, a una salida de subsistencia colectiva y, en el peor, a un sálvese quien pueda, por lo menos hasta el momento.

b) La ausencia de proyectos políticos predecibles, manifestada en las feroces pugnas internas, las alianzas contra natura de última hora, y la emergencia de personajes dignos de telenovelas, tanto en la izquierda como en la derecha. Por ejemplo, en años anteriores, los empresarios tenían a Fujimori, Kuczynski o García, y sabían a qué atenerse; hoy no tienen certezas con un favorecido Forsyth tan sólido como un maniquí de Gamarra, un De Soto tan representante de capitales internacionales como aliado de la minería ilegal del Perú 'profundo', o un pintoresco Urresti que puede disparar para cualquier lado al mejor estilo de un Trump o un Bolsonaro.

c) La aceptación automática de una política de control y sometimiento solo comparable con el escenario del conflicto armado interno pasado. Estamos viviendo bajo un Estado de emergencia permanente, renovado periódicamente por normas sin mayor sustento técnico. Las libertades políticas de reunión, de manifestación están prohibidas, sin embargo los grandes centros comerciales sí pueden atender. Con las actividades de calle restringidas, solo



los que tengan presencia en grandes medios podrán manifestarse. ¿Cómo se hace campaña así? ¿Puede haber una competencia justa?

Estos elementos responden a un particular contexto actual, no pretendo plantear una burda generalización. Como aquella que dice que las leyes electorales burguesas no permiten participar al pueblo y por eso debemos plantear la abstención por principio, absurdo.

Sin embargo, más allá de lo impredecible de los resultados electorales, es muy probable que nos arroje un Perú bicentenario fragmentado, donde el conflicto entre congreso y ejecutivo se repita, así como la falta de criterios comunes dentro de las propias bancadas. Por tanto se generaría una mayor presión para que los poderes fácticos asuman un rol conductor cada vez más grosero. Grandes empresas, medios de comunicación y, principalmente -algo que pocos ven, o no quieren ver-, las fuerzas armadas. Estas últimas han vuelto a demostrar su poder. Son actores políticos

solicitados por otros poderes, poseen poder dirimente para resolver en última instancia los conflictos entre el presidente y el Congreso, en el cierre de este y el pedido de vacancia de aquel, y han acumulado un poder con pocos límites en el contexto de la crisis sanitaria (estado de emergencia, aumento de presupuesto exprés, etc.). No es casual que actualmente existan tres Generales en el Gabinete de ministros, y uno de ellos lo presida. Martos es además el segundo hombre más poderoso del Perú de acuerdo a la última Encuesta del Poder (Ver: <https://semanaeconomica.com/>).

Este escenario de fragmentación en el seno del poder institucional, en última instancia está condicionado por conflictos económicos intrínsecos a la contracción económica internacional y al proceso de concentración del capital. Choques de capitales que se materializan en las pugnas entre dos sectores de la burguesía nacional. La burguesía limeña y oligarca, ligada a capitales internacionales, financieros y de la gran minería, representada por la CONFIEP y el Ejecutivo; y la burguesía

sía ascendente de origen provinciano, de capitales familiares ligados con el falaz discurso del emprendedurismo, los cuales están representados en el Congreso. Y que en estas elecciones, competirán nuevamente: aquellos con los Morados o con Forsyth y estos con Acuña o Urresti.

¿Cómo se debería participar ante este escenario?

Aquellos que aspiramos a una sociedad más justa y trabajamos para ello, no debemos caer en la tentación del fracaso. La lucha de clases es otra forma de hacer historia. Y el ejercicio del derecho a elegir y ser elegido es una expresión de la lucha de clases a lo largo de la historia.

Para la izquierda participar o no en un proceso electoral en el que por regla general se va a tener todo en contra, no es una cuestión de principios, eso es metafísica; tampoco llega a ser cuestión de estrategia, dogmatismo u oportunismo; sino que corresponde a las necesidades históricas y a la correlación de fuerzas del momento, es por tanto una expresión de táctica política. Las elecciones son un instrumento, dependerá de quién, cómo y cuándo se use.

Ante el complejo y desfavorable contexto ya mencionado, la única manera de participar en el proceso electoral es denunciando, desde un inicio y de manera firme, la naturaleza fraudulenta de este proceso. Hemos tocado fondo, no es alarmismo, es constatación de la realidad. Es decir, participar en el proceso electoral haciendo pedagogía y reconstruyendo el tejido social tan venido a menos.

Sin embargo, observamos que las únicas respuestas que se dan desde el campo de la izquierda que goza de salvoconducto institucional a nivel nacional, giran en torno a las siguientes estrategias: a) el mito sal-

vador de la unidad (salvo la unidad todo es ilusión), b) una autoafirmación en base a esmirriadas capacidades propias y c) un aparente discurso radical que sintonice con las demandas populares.

El primero utiliza el honesto y sentido reclamo del pueblo de izquierda de unir fuerzas en base a un programa común. Sin embargo, la práctica es criterio de verdad, y las últimas experiencias evidencian unidades pasajeras, de cúpulas y cuotas que se intentan armar con premura antes de cada elección, y donde lo único que importa es quien tiene (o se apropia) de una inscripción. En esta opción no se descarta un giro (más) a la derecha. El partido Morado ha llamado a construir el centro contra las amenazas populistas, y ha ido incorporando a algunas personalidades otrora de izquierda, en base al discurso del mal menor. Cualquier cosa es posible, recuérdese que ya se ha votado y socorrido más de una vez a Kuczynski y Vizcarra. El segundo invoca a un discurso autoafirmativo enajenado de la realidad y, encima, amenaza partirse y expectorar a los sectores más lúcidos

Mientras, el tercero pretende construir una opción más radical planteando como punto programático una nueva Constitución. Sin embargo, esto no deja de sonar a estrategia de marketing, pues al terminar siendo excluidos de la supuesta unidad que se estaba trabajando, es necesario plantear algo novedoso que los distinga de la oferta actual del mercado: vender algo al pueblo que espera un cambio más profundo. Como fuera, una propuesta de nueva constitución no soluciona nada si se sigue en la misma vía institucional.

Al final, en todas estas opciones de la izquierda electoral, la cuestión programática pareciera que pasa a segundo a plano,

EN LA VÍA POPULAR Y DE LOS PUEBLOS A LA CONSTITUYENTE



mientras se busca algún golpe de suerte de última hora. Total, no es descabellado pensar que en medio del incierto y extraño proceso electoral, algún milagro puede ocurrir.

Construir una alternativa propia: Asamblea Popular Constituyente

En este escenario, hay pocas esperanzas en el corto plazo. Sin embargo me gustaría mencionar una opción más, el planteamiento de una asamblea popular constituyente. Que no es lo mismo que hablar de una nueva constitución a secas. Las teorías clásicas del derecho constitucional nos hablan de un poder constituido y de un poder constituyente. El primero sería ejercido por el Estado a través de sus poderes ejecutivo, legislativo y judicial, dentro del

marco de las normas constitucionales. Es decir nace y depende de un pacto político anterior, se somete a una Constitución previamente establecida. Este poder constituido puede reformar la Constitución de manera parcial o incluso total, pero siguiendo el camino institucional ya establecido (en el caso de la constitución fuji-morista en los artículos 32.1 y 206).

El segundo poder, el constituyente, tiene otra naturaleza. Es un poder *originario* que no se somete a una Constitución u ordenamiento jurídico previo. Es *soberano*, tiene libertad plena para plantear lo que quiera y solo responde a la soberanía popular, que es otra forma de ejercer el poder popular. Es *extraordinario*, es decir, responde a una situación excepcional. ¿Estamos frente a una situación excepcional que amerite transitar un largo proceso constitucional con carácter popular?

Pues si el contexto actual de crisis económica, sanitaria, política y moral, no implica una situación excepcional... no sé cuál lo sería. Si bien no hay aún una consciencia plena en los sectores populares respecto a la necesidad de trabajar una asamblea popular constituyente, no es descabellado mencionar también esa posibilidad. Posibilidad que ya ha sido transitada en los últimos tiempos por Venezuela, Bolivia y Ecuador, y que viene siendo discutida en Chile. Si alguien cree que la propuesta de una asamblea popular constituyente es muy complicada o hasta absurda, me pregunto ¿acaso pretender ganar en estas elecciones, tal y como lo hemos descrito, no lo es? ¿Por qué en un caso sí es válido y viable participar y en el otro no?



LIBROS LIBROS LIBROS

Vuelve el pensamiento
en movimiento de Marx

El poder de las preguntas. Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo (Coordinador Omar Cavero)

Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades. Lima, 2019. 680 pp.

El poder de las preguntas es una recopilación de ensayos marxistas que aparece en el contexto del retorno a Marx en el siglo XXI. Pero como lo sabe el mismo Omar Cavero, el coordinador del libro, este retorno se despliega lejos de la gran vida política de las naciones. Por un lado, los marxistas más creativos se enclaustran en las universidades y tienden a permanecer aislados, y por el otro, los remanentes del marxismo revolucionario se recluyen en pequeños círculos de una “pureza ideológica” que los exime de pensar seriamente sobre sus verdaderas opciones políticas en la nueva realidad. *El poder de las preguntas* tiene, en este contexto, un doble objetivo: “tejer puentes dentro del marxismo y acercar esas reflexiones a las organizaciones sociales y políticas”, como bien dice Cavero.

Digamos desde ya que el libro cumple con sus objetivos, y lo hace mediante cuatro operaciones interconectadas. La primera es presentar las poderosas herramientas teóricas del marxismo a un público no iniciado o que las conoció años atrás pero las ha olvidado. En ello cumple un rol fundamental Omar Cavero, quien, en el ensayo de apertura, explica detalladamente el materialismo histórico, la crítica de la ideología, la dialéctica entre las fuerzas y las relaciones de producción, etc. También hace este trabajo de hormiga Elvira Concheiro, quien abunda en una serie de conceptos que recorren *El capital*, entre ellos la “acumulación originaria” o “acumulación primitiva”, tan importante para entender (en la era neoliberal) el despojo de la tierra a las comunidades nativas del Perú.

La segunda operación consiste en demostrar la utilidad de estas herramientas para hacer inteligible la historia local y global que ha constituido

EL PODER DE LAS PREGUNTAS

Ensayos desde Marx sobre el Perú y el mundo contemporáneo

Omar Cavero (Coordinador)



Elvira Concheiro / Andrea D'Atri / Levy del Aguila / Nury García / Jan Lust / Carlos Mejía / Mijail Mitrovic / Armando Negrete / Guillermo Rochabrún / Enrique Sotomayor / Guido Starosta / Rodrigo Steimberg / Gustavo Villar

UCH FONDO EDITORIAL

nuestra realidad. Así, el ensayo de Carlos Mejía se sirve de la lucha de clases para analizar la actividad sindical peruana desde el siglo XIX hasta hoy, Jan Lust apela a la versión marxista de la teoría de la dependencia para elucidar el por qué seguimos siendo subdesarrollados con respecto al Norte Global, y Guillermo Rochabrún recurre al materialismo histórico para contar una “nueva” historia del Perú que ilumina la particularidad de nuestra dominación colonial y sus remanentes. Por otra parte, Armando Negrete explica la crisis financiera del 2007 desde el capital dinerario, financiero y ficticio, Guido Starosta y Rodrigo Steimberg describen la desigualdad entre los países desarrollados desde la división internacional del trabajo, y Levy del Águila y Enrique Sotomayor adelantan la provocadora y a la vez debatible hipótesis de que el socialismo del siglo XX fracasó debido a que se desplegó en países “atrasados” que no habían desarrollado suficientemente sus fuerzas productivas con respecto a las viejas y opresivas relaciones de producción.

La tercera operación es la de mostrar la im-

LIBROS LIBROS LIBROS

portancia del marxismo en el análisis de la psicología, del arte, de la cultura. Aquí Gustavo Villar hace una crítica necesaria al conductismo y al cognitivism, que conciben al ser humano de manera abstracta, aislado de sus relaciones sociales, y apuesta por la reconstrucción de la psicología a partir de la antropología del ser humano concreto que caracteriza al materialismo histórico. Y Mijail Mitrovic hace un intento de pensar una “teoría social del arte” sin caer en la estética idealista ni el viejo juego comisarial marxista de determinar si la obra es reaccionaria o revolucionaria. Elaborada a partir de un trabajo de Mirko Lauer de los años ochenta, la teoría social de Mitrovic interpreta la forma artística más allá del contenido o del estilo. Un pintor puede representar favorablemente al proletariado de modo vanguardista, pero en su respeto por la *forma-cuadro* revela su pertenencia a la sociedad burguesa.

La cuarta y última operación establece un nexo entre el marxismo y los movimientos sociales contemporáneos. Nury García, por ejemplo, abunda en la necesidad de hacer dialogar a la política de clase moderna con el deseo posmoderno de proteger y/o expandir comunidades tradicionales que, en nuestra región, se oponen a la depredación ecológica del extractivismo. García repite el gesto mariáteguista de construir un puente entre las comunidades andinas protosocialistas con el socialismo moderno, pero mientras en Mariátegui el puente se halla inserto en la ruta prometeica de la revolución y el progreso, en García parece conducir a la desaceleración de la industria. La cópula comunitarismo-ecologismo trae a la opción marxista una cierta lentitud distinta al ímpetu desarrollista de los viejos estados socialistas. Un socialismo ecologista no puede realizar los famosos planes quinquenales de la URSS ni “el gran salto adelante” de Mao.

Andrea D’Atri, por su parte, hace hincapié en los vínculos problemáticos entre el socialismo y el feminismo desde el siglo XIX hasta el presente. Siguiendo a Heidi Hartmann, ella subraya que el feminismo tuvo que divorciarse del socialismo del siglo XX debido a que este enviaba sus demandas al último vagón del tren. A pesar de ello, D’Atri aboga por un nuevo matrimo-

nio entre feminismo y socialismo para que lo ganado por aquel en la lucha por los derechos de la mujer no se pierda por la puerta trasera de la desigualdad económica. Como lo explica ella misma: “En las oscuras y largas décadas de neoliberalismo, asistimos a una paradoja: como nunca antes, las mujeres conquistaron derechos que hicieron de nuestras vidas, algo muy diferente de nuestras abuelas, al tiempo en que se conformaron los más grandes contingentes de precarios, migrantes, pobres y explotados, donde las mujeres constituyen la mayoría”. Los ensayos de García y D’Atri son importantes para trazar un futuro socialista. Sus autoras hacen sentir la imperiosa necesidad de que el socialismo del siglo XXI esté a la altura de las demandas contemporáneas: a saber, la urgencia ecológica, la emancipación de la mujer y la búsqueda de un modelo de progreso post-desarrollista de comunidades tradicionales.

Termino con un balance general. *El poder de las preguntas* consigue transmitir no solo la utilidad sino también la necesidad del marxismo para pensar la realidad social y los procesos históricos del Perú y del mundo. Todo lector que transite sus páginas saldrá con un mejor “mapa cognitivo” sobre su ubicación en los complejos circuitos del capitalismo global. El libro también demuestra el rigor y la apertura de un pensamiento que ya no se encuentra imbricado al proyecto comunista. El lector no iniciado se llevará la grata sorpresa de que el marxismo no es un dogma ni una ideología sino *un pensamiento en movimiento* (como decía Jacques Lacan sobre la obra de Sigmund Freud). Pero si bien el marxismo “post-comunista” puede tal vez permitir un análisis más complejo de la realidad, también puede inhibir la afirmación política. De allí que esté libro se halle lejos del “¿Qué hacer?” de Lenin e incluso de las innovadoras soluciones de los 7 ensayos de Mariátegui.

No hay, en efecto, respuestas políticas en *El poder de las preguntas*. Pero sus preguntas son indagaciones que se adentran en las fisuras del “realismo capitalista” (Mark Fisher) y desde allí participan en la incipiente búsqueda contemporánea de una nueva política de emancipación.

Juan Carlos Ubilluz Raygada

